



ROSAS DEL CREPÚSCULO

CARLOS ORTIZ

Nació en Chivilcoy (provincia de Buenos Aires) el 27 de enero de 1870, donde escribió sus primeros versos en edad temprana incorporándose más tarde a la falange literaria que en la última década del pasado siglo sintió el influjo renovador de Rubén Darío.

En 1899 editó en Buenos Aires un libro de versos, "Rosas del Crepúsculo", y en 1902 "El Poema de las Mieses", muy celebrado por la crítica. Otras composiciones sueltas, y muchas inéditas, han sido reunidas por su amigo José Fernández Coria en cuatro series tituladas: "El grito de los Fuertes", "El Cuerno Florido, "Mensajes líricos" y Cantos de Amor, de Esperanza y de Duda".

La edición completa de sus poesías, editada en 1919 por "La Cultura Argentina", consta de dos volúmenes. Comprende el uno "Rosas del Crepúsculo", "El Grito de los Fuertes", "el Cuerno Florido" y "Mensajes líricos"; en el otro están reunidos "El Poema de las Mieses" y Cantos de Amor, de Esperanza y de Duda".

Carlos Ortiz, falleció en Chivilcoy a los cuarenta años de edad, víctima de un vergonzoso asesinato político, el 2 de marzo de 1910.

LA CULTURA ARGENTINA

CARLOS ORTIZ

Rosas del Crepúsculo

Con un prólogo de

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA



ADMINISTRACIÓN GENERAL
CASA VACCARO — Av. de Mayo 638, Buenos Aires
1919

EL POETA CARLOS ORTIZ

Considerar un poeta solamente por sus obras no basta para apreciar de qué manera tradujo su sentimiento de las cosas. Se puede decir que las diferentes fases de la vida del hombre se distinguen por el dominio de una pasión exclusiva, que aplica luego, cuando se trata de un artista, para dar un carácter personal a las obras concebidas por su imaginación. Por eso es conveniente estudiar las obras en el hombre mismo, en su carácter, y explicarlas por su propia vida.

Pero la poesía, la pintura, la música y la escultura tienen un dominio particular, que no pueden franquear. Tal pasión que conviene a la escultura, no inspira a la música, o es inabordable para la poesía.

Ahora bien, encuentro que el carácter esencial de las composiciones de nuestro poeta, proviene del predominio, en su vida afectiva, del sentimiento de la naturaleza, sentimiento eminentemente poético entre todos.

Como todas las pasiones y emociones del corazón humano, el sentimiento de la naturaleza tiene su historia en la historia de las artes. Los antiguos contemplaron la naturaleza con atención puramente objetiva. Si con el espíritu de



aquellos observadores, fríos e inteligentes, la naturaleza conservó relaciones estrechas, pocos lazos la unieron con su corazón. Es que los pueblos antiguos tenían ideas muy diferentes de los modernos sobre la expresión y pintura de la naturaleza y de las pasiones humanas, y sobre el papel del arte. Ni los griegos, ni los romanos, sus imitadores, ni ninguno de los pueblos modernos, como Italia, que se unen estrechamente a las tradiciones de la civilización greco-latina, poseyeron esta ternura llena de respeto por los campos, por las grutas profundas, por los bosques inmensos en que parece agitarse la vida universal.

Si a veces los héroes de Homero invocan la tierra y la patria, cuyos perfumes saludables aspiran con felicidad; si en Antigone de Sófocles, antes de descender en el imperio de las sombras eternas, entonan un sublime adiós al astro del día; si el dulce y melancólico Virgilio presta un oído atento a la brisa que pasa, al arroyo que murmura,—¡O ubi campi!,—son testimonios que más expresan la nostalgia de la vida y de las pasajeras alegrías, que el sentimiento de la naturaleza y la inteligencia de sus bellezas infiinitas. La visión clara, desinteresada, de la naturaleza, corresponde al carácter más íntimo del genio antiguo. ¿No vemos que casi todos los poetas trágicos de este pueblo predestinado, evitan expresar el acento desordenado de las pasiones violentas? En la "Antigone" de Sófocles, se ve a la mujer de Creon, después de haber oído el relato de la muerte de su hijo, abandonar la escena sin proferir palabra. Este es un gesto esencial de todo el arte antiguo. El silencio de Deyamira, de Euridice, fué producido en la pintura por el velo que cubría el rostro de Agame-

nón durante el sacrificio de su hija Ifigenia. Entre los antiguos la naturaleza nunca ha sido expresiva.

La poesía moderna prefiere otros paisajes. Las viejas baladas alemanas y sajonas introdujeron poco a poco en el mundo occidental el culto de la naturaleza, el don maravilloso de ver en las entrañas de la tierra, de aproximarse con amor, de consultar con respeto, de sondar los misterios del mundo. Tal es el carácter dominante de la poesía moderna, hasta mediados del pasado siglo. Para la poesía moderna, la contemplación de la naturaleza, después que el Renacimiento y el genio de Shakespeare la revelaron, ha sido como una ventana abierta sobre el infinito. Y por el camino de la contemplación, el poeta moderno retornó hacia sí, y encontró su propia alma reflejada en los paisajes, cantando en el misterio de las cosas. El sentimiento de la naturaleza es pues, en la poesía moderna, un sentimiento subjetivo, en Chateaubriand, en Goethe, en Byron, en Heine, en Lamartine, en todos los poetas del movimiento romántico.

Tal es el sentido "clásico" de la poesía, que se perdió poco a poco después. El debilitamiento siempre mayor de las creencias fundamentales del alma, el crecimiento absorbente de lo que se llama "conocimientos positivos del espíritu humano", han quitado a la poesía toda subjetividad, todo sentimentalismo, toda efusión lírica, que se han arrojado en el arte de la música, fecundándolo prodigiosamente; han impedido que la poesía se detuviera a cantar estas divinas epopeyas del sentimiento para las cuales se requiere menos ciencia que amor. Más tarde los poetas se amoldaron demasiado al tren ordinario de las cosas, y a la vida de las ciudades. La me-

lancólica expresión de Byron: "Ando en medio de estas grandes ciudades como por desiertos", suena falsamente en los oídos del poeta contemporáneo, poeta de gabinete, estilista, malabarista prodigioso de ritmos, sonidos y palabras. Con pocas excepciones, el escritor contemporáneo se ha habituado tanto a vivir que le es necesario la excepcional emoción trágica para sentir, sospechar en un relámpago de semi-conciencia, todo lo que la vida tiene de primordial y, en consecuencia, eternamente nuevo.

La cualidad esencial del espíritu de Carlos Ortiz, lo que hace el mérito de sus composiciones, lo que le hizo un dórico poeta para los que tuvimos la felicidad de tratarle, poeta aunque no hubiera escrito nunca una sola línea, fué su sentimiento exquisito para vibrar al lenguaje inefable de las olas, del viento, de los bosques, de las voces misteriosas que cantan en el fondo de los valles y sobre las cimas de las montañas.

"El poema de las mieses", concebido cuando el poeta cruzaba a caballo nuestras ilimitadas pampas que tanto amó, azotado por los vientos, prestando el oído a las mil voces misteriosas que se elevan en aquella inmensidad, y que hablarían a su alma sensible como voces del Infinito, está lleno de paisajes, en que palpita hermosamente, en que se expresa en imágenes elocuentes, nacidas de la observación de la naturaleza, este sentimiento hondamente poético, que hemos dado como el carácter esencial de la poesía moderna.

Se ha dicho que no hay belleza sin cierto hábito. Carlos Ortiz tenía el hábito de las cosas del campo; amaba estos panoramas inmensos, sus infinitos horizontes, cuyos ritmos, que son los de la vida universal, agitaron tantas veces su espí-

rutu y lo prepararon para la contemplación y comprensión de sus cosas eternas.

"Vió la tierra despierta de su sueño profundo", como el héroe de su poema, y cantó sus misterios, con un lenguaje muy moderno. Había frecuentado mucho a los poetas franceses contemporáneos, de los que tradujo en límpido castellano, muchas composiciones, y de su trato con estos impecables cinceladores del verso, adquirió cierta inclinación hacia las finezas un poco rebuscadas en la expresión de las ideas y cierto afecto por esta gradación ínfima en los matices que hace toda la gracia de los mejores poetas parisienses. Es lo que explica muchos cuadros pequeños finos, acabados, de su primer libro de poesías, "Rosas del Crepúsculo"; lo que explica también en el lenguaje de sus poesías cierta mezcla de clasicidad y de modernismo, que es como la lucha de sus más personales tendencias con las influencias literarias que, naturalmente, sufrió como todos en la época en que fueron escritos los dos hermosos libros que nos ha dejado.

Su poesía mezcla siempre a imaginaciones vivas como relámpagos, sensibilidades familiares, ritmos heróicos, perfumes de la Inmensidad y de lo infinito, dulces paisajes interiores, esperanzas más altas que las nubes, tristezas que parecen caer oblicuamente de los astros.

Pero "El Poema de las mieses" afirmó el despuntar de una personalidad poética independiente, netamente americana. Carlos Ortiz se separó en buena hora del grupo literario que rodeó la personalidad absoluta de Rubén Darío; comprendió pronto que esta poesía prestigiosa y artificial, demasiado perfecta para ser sentida, no se amoldaba con los ritmos de la poesía vigorosa que sentía palpitar en su alma preñada de otras fuerzas

más sanas y más altas; no coincidía con los ritmos, con los movimientos sugeridos a su vibrante espíritu por el aspecto del maravilloso infinito de nuestras pampas, que testifica su presencia sensible en tantos paisajes de su último poema. Comprendió también en buena hora que todo arte que busca su finalidad en sí mismo se corrompe; que no hay poesía verdaderamente digna de este nombre que, nacida de una gran emoción del corazón, no se eleve sobre un pensamiento fuerte, sobre una gran concepción general de las cosas.

Labra Ervar con noble empeño,
Que también tu alma es un campo misterioso,
Donde traza grandes surcos un arado luminoso:
El arado del ensueño.

Repugnaba a lo más íntimo y esencial de la naturaleza de nuestro querido poeta esta máxima del exquisito Oscar Wilde, que ha parecido guiar a todos los poètas jóvenes: "Si un hombre trata la vida como artista, su corazón debe estar en su cerebro".

¡No! todo lo contrario, nos decía frecuentemente Carlos Ortiz; si un hombre trata la vida como artista debe ser todo corazón.

El era todo corazón, y quizá por esto sólo fué un gran poeta. Joven y fuerte, como el héroe de su poema, había en él,

...la noble belleza
de los fuertes varones que la lucha ha marcado
con su sello de gloria.

Su hermosa salud, las múltiples energías de su ser físico, su espléndida virilidad, eran la fuen-

te de esta bondad sin límites, de este fácil don de simpatía, de esta facultad de penetrar en las almas de los otros, y por su contacto hacerlas mejores, de dar las bellezas de la suya sin reparo, que ha constituído en todos los tiempos el verdadero don poético; que constituye en realidad toda superioridad mental y moral; que hizo de Carlos Ortiz algo mucho mejor que un poeta, algo superior a todos los poetas, algo mucho más elevado, más raro de encontrar: un amigo, en la más noble acepción de la palabra; que hasta en cada minuto de su existencia, en las horas fugaces que parecen no tener color, hasta en los momentos más prosaicos y silenciosos, hasta en el último apretón de manos al despedirse, supo, con su espíritu exento de pasiones egoístas, recto y sincero como una espada, y sobre todo con su bondad, componer delicadamente el poema que dura toda la vida: el poema de la amistad. De él nos hizo partícipes en muchos felices momentos, por lo que le estamos agradecidos eternamente.

Mariano Antonio BARRENECHEA

PREFACIO

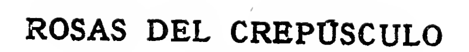
PREFACIO

El postrer rayo de la luz fulgura,
Y en las vagas penumbras misteriosas
Las dolientes campanas, quejumbrosas
Sollozan la canción de su amargura.

Incubando tesoros, a la altura
Se yerguen las montañas silenciosas,
Y deshoja el crepúsculo sus rosas
Sobre las cumbres de nevada albura.

Y así, como el crepúsculo derrama
Los pétalos rosados de su llama, —
Mientras lanzan los bronces su gemido, —

En las gélidas nieves de las cimas,
Yo deshojo las "Rosas" de mis rimas
Sobre la helada frente del Olvido.



ROSAS DEL CREPÚSCULO

ROSAS DEL CREPUSCULO

Son las nupcias misteriosas,
Los divinos esponsales
De la Luz y de la Sombra. Sobre un gran lecho
[de rosas
Se reclina el Sol, envuelto
Como un dios entre la gloria de sus púrpuras reales.
Con su manto de tinieblas, todo suelto,
Y flotando en los abismos del espacio,
Ya la Noche, negra virgen, adelanta suavemente,
Y en su frente
Resplandece el novilunio como un cuerno de topacio.

Hacia el mágico palacio
De occidente
Donde se alza el rojo tálamo de fuego, sin rumores
Se desliza por las flores
Que perfuman la pradera,
Se desliza suave, llena de insaciable sed de amores,
Esparciendo por los cielos su infinita cabellera.

A su paso se estremecen los follajes,
Y los pájaros entonan en las selvas sus baladas.
En su tálamo sangriento de purpúreos cortinajes
Se incorpora el Sol, y besa con la luz de sus
[miradas
A la Noche, negra Belkiss del gran reino de la
[sombra

Que va en busca del esposo
Luminoso,
Con su corte de misterios, por la alfombra
Que tapiza
La grandeza de los prados. Suavemente
Se desliza
Derramando urnas de sombras, un derroche
De tinieblas. El Poniente
Es un pórtico de rosas erigido ante su paso,
Y son rosas las mejillas de la Noche
Encendidas con el beso de la luz en el ocaso.

Y la Luz entre los brazos de la Sombra desfallece;
El divino epitalamio de las selvas enmudece,
Y se extinguen las querellas
De las aves y del viento.
Y en la negra cabellera de la Noche, que obscurece
El firmamento,
Brillan blancos luminares:
Es que tiemblan los azahares como trémulas estrellas.
Y la luz de las estrellas es como un deshojamiento
De azahares.

ARMONIA DE LA TARDE

Idilio vesperal. — En occidente
La bruma sombra con la luz se besa;
La voz de las campanas, el ambiente
Con lentas vibraciones atraviesa.

Misteriosa y triunfal llega la bruma,
Y en la pálida lumbre vespertina
La tierra melancólica se esfuma
Como en ligera túnica opalina.

Floración luminosa de la noche,
Emergen las estrellas de topacio,
Como rosas de luz que abren el broche
En la calma sombría del espacio.

La luna, solitaria peregrina,
La blanca inspiradora de Beethoven,
Con sus místicos rayos ilumina
La cabeza del bardo, Apolo joven.

Como pálida virgen, el planeta
Con el beso de luz de sus destellos,
Acaricia su frente de poeta
Y el sombrío toisón de sus cabellos.

Es el bardo que sueña y que medita
Mientras la vida terrenal reposa,
Y en los abismos lóbregos, gravita
La estrella de las tardes, misteriosa;

Mientras las nubes en ocaso tiñe
El Sol, desde el confín de otro hemisferio,
Y su corona sideral se ciñe
La augusta soberana del misterio;

Mientras surge en la calma, tremulante
El rumor de las brisas en las folias,
Que llega a sus oídos, suspirante
Como un vago gemir de arpas eólias.

Y contempla la bóveda infinita
Constelada de ardientes luminares,
Y levanta su voz, donde palpita
La nostalgia de incógnitos pesares.

Y dice: "¿Qué plegaria, qué armonía.
Qué rumor a los cielos se levanta?
Es que solemne al expirar el día
La Lira Universal solloza y canta.

"La Lira Universal trémula gime,
Y brota de sus cuerdas rumorosas,
¡Oh! tarde augusta, en tu quietud sublime
La mágica armonía de las cosas.

"Murmura una plegaria cada fibra,
Gorjea el ave, tiemblan los capullos,
Y es un himno magnífico que vibra
Formado de suspiros y de arrullos.

"Y las notas de ese himno que derrama
En estas horas la Creación inmensa,
Hablan al corazón, y dicen: "¡ama!"
Vibran en el cerebro y dicen: "¡piensa!"

"Y "¡amor!" murmuran las secretas frondas
Con eólico ritmo, dulce y vago,
Y "¡amor!" — repiten las errantes ondas
Del lago azul, del armonioso lago.

"Y "¡amor!" — la estrella que en los cielos arde,
Faro de las alturas misteriosas,
Y la música vaga de la tarde,
Y el perfume exquisito de las rosas.

"¡Y amo! — luminosa se adelanta
Fugitiva visión de blancas huellas,
Y el azul de los cielos se abrillanta
Con la luz de las pálidas estrellas.

"Y roza con sus dedos virginales
Mi frente sin color la Poesía,
Y escalo las regionès siderales
Con las alas del Ritmo y la Harmonía.

"Y navega mi espíritu en los rastros
De luz, estelas siderales de oro,
Y escucho la armonía de los astros,
Del templo del Azur excelso coro.

"Y allá voy, llena el alma de quimeras,
Dulces delirios y rosados sueños,
En busca de las mágicas riberas
Del encantado Edén de mis ensueños.

"¡Oh! Lira Universal! — vibra tu canto
En la paz de la tarde solitaria,
Y surge un himno melodioso y santo,
Que es la inmensa ascensión de una plegaria.

"Alzan su voz los encrespados mares,
Sus endechas eólicas el viento,
Y las vírgenes selvas sus cantares,
Y su astral armonía el firmamento.

"Y florecen cual rosas luminosas
Las pálidas estrellas taciturnas,
Como rosas que vuelcan misteriosas
Sobre el mundo el secreto de sus urnas.

"Tenue soplo de amor cruza los prados,
Se estremecen los áridos desiertos.
Y te escuchan los cielos asombrados
Con sus ojos de cíclopes, abiertos;

"A tu voz, de los antros, las entrañas
Despiertan de sus tétricos mutismos,
Y sueñan las graníticas montañas,
Y sollozan los lóbregos abismos!"

Calló el poeta, y surge tremulante
El rumor de las brisas en las folias,
Que llega a sus oídos, suspirante
Como un vago gemir de arpas eólias.

Y nostálgica sueña en su palacio
La Luna, reina de los astros, única,
Mientras tiende la Noche en el espacio
Los amplios pliegues de su negra túnica.

TARDE DE OTOÑO

En los lánguidos crepúsculos de otoño,
Cuando lloran largamente las campanas
En las torres de los negros campanarios,
Y el sollozo de los bronces se dilata
Con pausadas vibraciones, que parecen
El gemido doloroso de las almas,
De las almas de los bronces que se quejan
En dolientes armonías, largas... largas...;

En la mística tristeza del crepúsculo,
Cuando pesa sobre el mundo la nostalgia
De las tardes melancólicas de otoño,
Y las hojas van cayendo de las ramas
Como muertas mariposas, con rumores
Que parecen una queja prolongada,
Mientras canta la canción de los olvidos
El gran soplo gemebundo de las ráfagas,
En las ramas temblorosas de los árboles
Que sollozan como liras funerarias;

Cuando se abre en el ensueño de las tardes
El crepúsculo sangriento, como el ala
Luminosa de un gran pájaro de fuego
Que sacude en el azur sus regias galas,
Y se aleja con el vuelo de los astros
De las sombras de la Noche, negra maga,

Pensativa emperatriz que augusta ciñe
Su corona sideral de estrellas pálidas;

Cuando envuelto en las tinieblas, el Silencio
Con su corte de misterios adelanta
Taciturno, con un dedo sobre el labio,
Y la tierra entre las sombras se aletarga,
Yo he sentido la amargura de esas vidas,
—¡Pobres vidas! — que se extinguen solitarias
En las brumas de una noche negra y triste,
De una noche sin estrellas, sola y larga,
Que se extinguen lentamente, como un cirio
Alumbrando las tristezas de una lápida.

¡Oh! en los lánguidos crepúsculos de otoño,
Mientras llora el ronco viento entre las ramas,
Entonando tristes salmos funerales
En las tumbas de las rosas deshojadas,
Yo he sentido que un gran Angel extendía
Como un fúnebre crespón sus negras alas,
Como el Angel de la muerte, silencioso,
Como el Angel de la muerte de alas trágicas,
En el alma, donde aún arden los recuerdos,
Estrellitas melancólicas y pálidas
Encendidas en las sombras de mis noches
Y brillando misteriosas y lejanas,
Y he pensado en esas vidas que no sienten
La caricia funeral de la desgracia,
Esas vidas de magníficas auroras,
Esas vidas de risueñas alboradas,
Donde canta el ave azul de los Ensueños,
Donde el ave del Amor alegre pasa,
Y las aves de la Dicha y la Fortuna,
Y el gran pájaro de luz de la Esperanza!

SIDEREA

Todo canta; el ambiente se perfuma,
Y cruza sideral, mágica, bella,
La visión de los sueños, la doncella
Tan blanca como el mármol y la espuma.
La sombra de la tarde, en que se esfuma
La tierra toda, huye ante su huella,
Que parece, gentil, brillante estrella
Que surge esplendorosa de la bruma.

Es astro y lira. — Brotan a su paso
Dulces ritmos y extrañas claridades;
El rumor suave del flexible raso

Subyuga cual la música de Orfeo,
Y del alma en las negras soledades
Aletean los cisnes del deseo.

TRISTEZA DEL JARDIN

I

Mientras el sol, cisne de luz se hundía
En un lago de sangre en el ocaso,
Iba yo solo, con incierto paso,
Por los senderos del jardín de Lía.

La tarde lentamente descendía,
Y vi a su tenue resplandor escaso
Que inclinaban sus pétalos de raso
Las flores, en tristísima agonía.

Y pensé: "como olvida sus amores
Lía olvida sus plantas y sus flores
Que agosta el rojo beso del estío,

Y por eso agonizan, tristes, solas,
Esperando que vierta en sus corolas
La noche compasiva su rocío."

II

Y vi una roja nube, suspendida
Como bandera que en el cielo flota
Anunciando la trágica derrota
De la luz, por la gran sombra vencida.

Y le dije: "en las flores que ella olvida,
Sobre esta vida que el olvido agota,
Vierte, nube de púrpura, una gota
De tu seno de fuego desprendida."

A mi voz sucedió profunda calma.
Un nido de dolores era mi alma,
Una urna de tristezas cada broche.

La nube en el crepúsculo callado
Era un rojo estandarte, desplegado
Sobre el triunfo sombrío de la noche.

III

Instalaba la sombre su triunfante
Pompa. Blanca, muy blanca, en tardo vuelo,
Una nuve cruzaba, como un velo
En la profunda lobreguez, flotante.

Y yo le dije: "nubecilla errante
Por la sombría soledad del cielo,
Mitiga con tus lágrimas el duelo
De estas flores que olvida la inconstante."

Siguió la nube errante su camino.
Después, como un cendal de blanco lino
Se esfumó en una vaga lontananza,

Como un blanco cendal que en la grandeza
Del espacio, agitara la esperanza
Para decir "¡adiós!" a mi tristeza.

IV

Y sólo el viento me escuchó. Un violento
Soplo agitó de pronto la espesura,
Y en el silencio de la noche obscura
Pasó rugiendo en su corcel el viento.

Vibró en la inmensidad su ronco acento;
Reunió el tropel de nubes en la altura,
Y lloraron las nubes su amargura,
Sobre las flores del jardín sediento.

Y después tu jardín, ¡oh! blanca Lía,
Se pobló de perfumes y alegría;
Y vi de nuevo renacer, las flores,

Vi de flores los árboles cubiertos,
Y quedaron marchitos mis amores
En el jardín de tus amores muertos.

LA AGONIA DE LA ROSA

Infiriendo al armiño aleve ultraje
Con su púrpura intensa y lujuriosa,
Prendida sueña la purpúrea rosa
Entre las blondas del nevado traje.

Arrancada al misterio del follaje,
Languidece en la curva voluptuosa
Del virgen seno, triste y misteriosa
En la pálida bruma del encaje.

Agoniza; del lánguido capullo,
Que fué de las florestas el orgullo,
Un pétalo marchito se desprende

Con la tristeza de los hondos duelos,
Y un perfume sutil, ligero asciende
Como un alma que sube hacia los cielos.

ANGELES CAIDOS

Al Dr. Carlos Baires.

Como un sangriento párpado tendido sobre el ojo
Fatigado de un cíclope, el crepúsculo rojo
Fulgura en occidente. La tarde silenciosa,
Y triste como un alma poblada de martirios,
Esparce una impalpable sutil gasa de rosa
Que flota como un beso de luz sobre los lirios.

En el Edén que esfuman los rosados vapores,
Que parecen el hálito que sube de las flores,
Envuelta en la penumbra del día que agoniza
Volcando lentamente sus urnas de beleño,
Sumergida en un hondo silencio, se desliza
La blanca pecadora, como una flor de ensueño.

La blanca pecadora que saboreó el prohibido
Fruto de los amores; el pobre ángel caído
Que a los ardientes besos brindó su boca roja,
Y que después, manchadas sus virginales galas,
Vió, como flor que el viento con sus besos deshoja,
Caer una por una las plumas de sus alas.

Y allá va entre las flores confiando su amargura
A la indiscreta brisa; resuena en la espesura
El eco triste y lánguido de su infinita pena,
Y al peso de su falta, la linda pecadora

Solloza, y en el cáliz de una blanca azucena
Cae el rocío ardiente de su carnal aurora.

Después, se hunde en las sombras con su profun-
(do duelo.
De pronto, un rumor de alas se escucha. En rau-
(do vuelo
Dos ángeles descienden, y beben en la blanca
Azucena las gotas aun tibias de aquel llanto,
Y beben y se embriagan, y una alegría franca
Puebla el Edén sombrío con un celeste canto.

En la embriaguez divina, sus labios palpitantes,
Estallan en la música de besos dilerantes;
Y en un abrazo de ángeles, los ángeles opresos,
Mancharon con sus besos las virginales galas,
Y como flor que el viento deshoja con sus besos
Cayeron una a una las plumas de sus alas.

Y miran, lleno de astros, el pabellón del cielo.
Hacia el azul espacio quieren tender el vuelo,
Y sus alas inútiles, de ángeles caídos,
En vano, ya sin plumas, se agitan presurosas,
Y con las alas rotas, se refugian vencidos
Por el amor, debajo de un matorral de rosas.

Y escucha Eva, la blanca pecadora, en el grave
Silencio, en un murmullo de voces, en suave
Murmullo que remeda las suspirantes notas
De la canción que el viento solloza entre las flores:
—"De qué sirven las alas, si con las alas rotas
Hemos legado al cielo de los dulces amores."

VESPERAL

Ya las Horas erigen el patíbulo
Donde agoniza el Sol; sus rojas huellas
Ensangrientan el mágico vestíbulo
Del palacio en que sueñan las estrellas.

Evocan sus amores las doncellas;
Es cada flor un místico turíbulo,
Y flota de la tarde en las querellas
El alma de los versos de Albio Tíbulo.

Heráldica celeste: sobre gules
Brilla Venus, divino lampadario,
Y enarca el novilunio su gran ceja

Como el arco de luz un sagitario
Que asaetea en los ámbitos azules
Al monarca vencido, que se aleja.

A LA ORILLA DEL CAMINO

A Leopoldo Díaz.

Por el lóbrego camino
Marcha, marcha el peregrino.
Es el lúgubre sendero de las ruinas
Que trazaron entre abrojos las legiones infernales
De la trágica Miseria. Las espinas
En las carnes del viajero se sepulta cual puñales,
Y en la senda tenebrosa
De los males
Van quedando como pétalos de rosa
Rojas manchas, cual si alguna triste Ofelia, en su
(delirio
Lo siguiera silenciosa
Deshojando lentamente rojas rosas del martirio.

A la orilla del camino
Se detiene el peregrino.
Por sus ojos dilatados por el hambre y el espanto
Pasan fúnebres visiones.
Ya la noche se aproxima desplegando los crespones
De su manto;
El contempla la agonía
Melancólica del día,
Y en presencia de la sombra de sus mustios labios
(brota

Dulcemente una plegaria. Gota a gota
Cae la sangre de sus músculos,
Y su cuerpo desfallece, y en un mágico derroche
De colores, apoyado en las mejillas de la Noche
Se despliega el abanico de oro y luz de los cre-
(púsculos.

A la orilla del camino
Agoniza el peregrino.
Llena el mundo la tristeza del crepúsculo que muere,
Y allá arriba, en el misterio del callado firmamento
El puñal de las estrellas las informe sombras hiere.
Gime el viento:
Se diría que modula con un trágico lamento
Un profundo Miserere.
A la orilla del camino que trazaron las Miserias
Agoniza el solitario;
Ya se apagan sus pupilas, ya no laten sus arterias,
Y las sombras se condensan como un fúnebre sudario.
Pasa el frío de la muerte. Todo calla, hasta el sonoro
Viento calla. El peregrino
Queda, huésped de lo Eterno, a la orilla del camino,
Y la luna se levanta como una gran onza de oro
Acuñada en lo infinito con la efigie del Destino.

POEMAS DE LA SOMBRA

EL POEMA DE LAS SOMBRAS

Entre triunfales púrpuras se aleja
El Sol, celeste Apolo que fustiga
Luminoso y soberbio, su cuadriga
Que un áureo polvo en el espacio deja.

La Noche, de los crímenes amiga,
Fúnebre avanza cual callada queja;
La Noche taciturna que semeja
Misterioso crespón que al mundo abriga.

El Crepúsculo, heraldo de la bruma,
La tierra en tenue claridad esfuma.
Se borran de la luz los rojos rastros;

Se extiende de las sombras el imperio,
Y vibra de la Noche en el misterio
La celeste armonía de los astros.

FIESTA GALANTE

A...

¿Recuerdas tú la noche de la galante fiesta?
¡Qué voluptuoso schotis preludiaba la orquesta!
En la glorieta toda nevada de jazmines
Yo contemplaba en éxtasis tu pálida hermosura;
Llegaba hasta nosotros el son de los violines
Como un deshojamiento de flores de locura.

¡Oh! hermana de las vírgenes que ensalzan los [poemas
Místicos! — Tus cabellos constelados de gemas
Ceñían tu cabeza con un dorado nimbo,
Y en silencio yacías, — ¡oh! linda silenciosa! —
Más blanca que la hortensia que erguía su corimbo
Prendida entre las blondas de tu busto de diosa.

Y yo volcaba mi alma como en una blanca urna,
En la urna silenciosa de tu alma taciturna,
Tus ojos parecían dos luminosas flores
Que sueñan en divinos y extraños embelesos,
Y en la embriaguez sublime de los locos amores
Cerré tus grandes ojos con mis ardientes besos.

Y yo volcaba mi alma como en una blanca urna,
En la urna silenciosa de tu alma taciturna

Que con ritmos de versos arrullaron las Piérides.
Después, grande como Hércules, de indómito amor
[lleno,
Morder quise los frutos prohibidos de tu seno,
Las manzanas de nieve que guardan dos Hespérides:
Tu castidad de virgen y tu invencible orgullo.
Tus labios se entreabrieron como un rojo capullo;
Un grito de hondo ultraje brotó de tu mutismo,
Y como si midieras la hondura de un abismo,—
Mientras de los violines surgía el suave schotis,—
Con ademán de reina, soberbia me despides,
Mas, quedo me decían, muy quedo: "¡no me olvi-
[des!"
Tus ojos de azul pálido cual húmedos myosotis.

¿Recuerdas la glorieta nevada de jazmines
Donde quedó sin dueño tu mágica hermosura?
Llegaba la galante canción de los violines
Como un deshojamiento de flores de locura.

FLORALIA

A Víctor Pérez Petit.

Suelta en bucles dorados la cabellera
Constelada de rosas y de jazmines,
Pasa suave la blonda núbil Glicera,
Hollando con su breve planta ligera
Los senderos floridos de los jardines.

A la luz de la luna, — triste noctámbula
Que en el azur profundo brillante rueda, —
Envuelta en su ropaje de blanca seda
Melancólica cruza, gentil sonámbula,
Por las vagas penumbras de la arboleda.

Besan su frente blanca como alabastro
Las brisas, agitando sus leves alas;
Y en nimbo luminoso la envuelve el astro
Que atraviesa los cielos, dejando el rastro
De luz, en las radiantes etéreas alas.

¿En qué sueña Glicera, gentil y pálida,
Mientras gimen las brisas entre los álamos?
Mariposa que deja de ser crisálida,
Sueña, tal vez, con besos de boca cálida,
Con nupciales caricias y tibios tálamos.

Y allá va entre el murmullo de los satines
De su traje, más blanca que los jazmines,
Y esparciendo perfumes y resplandores,
A soñar con idilios entre las flores
La pálida azucena de los jardines.

Y al fulgor de los astros a ver alcanza, —
Visión esplendorosa de su esperanza,
Creación de sus delirios y de sus sueños, —
Que hacia ella luminoso, sonriente avanza
El joven melancólico de sus ensueños.

Vaga en sus rojos labios suave sonrisa;
Se aproxima a Glicera, su talle oprime;
En los de ella sus labios ardiente imprime,
Y en su soplo arrebata la fresca brisa
La música de un puro beso sublime .

Y de amor se estremecen las astifolias:
Se entreabren las diamelas y las magnolias,
Y arrancando candentes ritmos nupciales
Pulsa el viento las ramas de los rosales
Que vibran como trémulas arpas eólias.

Al abrigo que prestan los camarines
Formados por rosales y por jazmines,
Camarines secretos de los amores,
Realiza sus idilios entre las flores
La pálida azucena de los jardines.

Y en las ramas floridas, verdes andamios
Donde posa sus rayos la luna llena
Que en el límpido cielo brilla serena,
Cantan los ruiseñores epitalamios
En las bodas de un lirio y una azucena.

EL LLANTO DE LA VIRGEN

En la hora en que se adorna con sus joyas astrales
La Noche, y engalana con rosas siderales
Su negra cabellera de virgen abisina,
Un Silfo me contaba las penas de Virginia:

"En un jardín poblado de armonías y flores
La doncella soñaba. Los dulces surtidores,
Bajo el fulgor plateado de una luna de estío,
Como un extraño verso del lírico Darío,
Cantaban largamente con un ritmo sonoro.
Los astros, derramando sus lágrimas de oro,
Como ojos encendidos en órbitas azules,
Abrían sus capullos las rojas azaleas;
Soñaban en el lago las pálidas ninfeas,
Mecidas por el viento, que rimaba sus hondas
Tristezas en las liras temblantes de las frondas.

"Y yo la vi cruzando bajo un pabellón de astros:
Las flores alfombraban con pétalos sus rastros;
Y su alma estaba triste como un altar sin cirios,
Como un lago sin cisnes, como un jardín sin lirios
Su almita siempre llena de vírgenes alburas,
¿Por qué estaba esa noche poblada de amarguras?
¿Acaso le contaban sus dolientes querellas
Sus hermanas celestes, las pálidas estrellas?
Porque alzaba al espacio sus grandes ojos bellos
Que inundaban los astros con límpidos destellos.
¿Acaso le contaban las flores sus dolores?
Porque ella se inclinaba para besar las flores.

"Vagaba por las sendas con armonioso paso;
Las rosas le ofrecían sus corolas de raso.
Y ocultas bajo el musgo decían las violetas:
—A esa virgen que pasa le cantan los poetas.

"Yo la ví sumergida en místicos ensueños:
Iba, como una Ofelia, deshojando sus sueños.

"De pronto se detuvo. Inclinó la cabeza,
Envuelta en el misterio de una vaga tristeza,
Y de sus grandes ojos, que envidiaría Sirio,
Cayó una ardiente lágrima en la copa de un lirio.
¡Oh! el llanto de sus ojos revelador de un duelo
Oculto! — En esa lágrima se reflejaba el cielo.
Y una azucena pálida que se inclinaba a verla,
Dijo al lirio: "En tus pétalos resplandece una perla.
Es una perla extraña llena de puntos de oro,
Digna de una corona: un féerico tesoro".
Y el lirio murmuraba mirando a la doncella:
—"Parece que en mi cáliz ha llorado una estrella."

LAS NIXAS

El golfo está de gala. En la serena
Noche, con ruda majestad salvaje,
Extiende en blondas de brumoso encaje
La blanca espuma en la mojada arena.

Murmura el golfo. Rumorosa suena
La ola que cruza el misterioso viaje,
Y se escucha al compás del oleaje
El canto arrobador de la sirena.

El golfo canta. Suave ritmo ensaya
En su lira de rocas, que en la playa
Se ierguen cual gallardas antefixas

De un granítico templo de gigantes,
Y a la luz de la luna, palpitantes,
Surgen de la onda las gentiles Nixas.

NUPCIALES

A Casimiro Prieto.

La luna ilumina la verde arboleda;
Pasando al través de las hojas, remeda
Sutiles encajes su suave fulgor.
La noche está tibia, la noche está cálida,
Y entona a la lumbre de la luna pálida
Sus trovas galanas galán trovador.

Formada de luces, en las verdes frondas,
Se esfuma a lo lejos errátil visión;
Fantásticos danzan en rápidas rondas
Las Wlilis y Silfos que rige Oberón.

La noche está tibia, la noche está bella;
Y está con el bardo la pálida estrella,
La estrella que enciende la luz del amor;
La virgen más blanca que el mármol de Paros,
La de ojos muy grandes, muy grandes y claros,
Que tienen del cielo la luz y el color.

Al soplo del aire, como arpas eólias
Suspiran las ramas con blando rumor,
Y ritma sus trinos oculto en las folias,
En las verdes folias, alado cantor.

Las blancas magnolias el aire embalsaman;
Los astros sobre ellas sus rayo derraman:
Celebran sus nupcias el astro y la flor.
¡Oh! nupcias astrales! En dulce embeleso
Dos bocas se juntan temblando en un beso,
La pálida virgen se enciende en rubor.

¡Oh blancas magnolias! ¡Oh ensueños nupciales!
¡Rubores de virgen, perfumes de flor!
La brisa que canta las nupcias astrales,
Y el alma en que sueña sublime el amor!

ROMANZAS DE LA NOCHE

Hora de los misterios: llega el nocturno
Cortejo de las sombras; ya taciturno
En busca de las ruinas pasa el murciélago,
Y arriba, en el espacio, rueda Saturno
Como bajel errante del alto piélago.

A la luz de los astros sueña el poeta,
El peregrino pálido, que sus amores
Evoca en la callada noche secreta,
En el parque risueño, donde las flores
Dialogan con la brisa que gime inquieta.

Sólo con los fantasmas de su delirio,
Sólo con sus tristezas, soñando avanza;
Cual mágico brillante cintila Sirio,
Y le parece el astro fúnebre cirio
Alumbrando la tumba de su esperanza.

Interroga a los astros: "¡Oh! luminosa
Pupila que fulguras en la grandeza
Del espacio, ¿no viste la silenciosa
Virgen de mis ensueños, la misteriosa
Estrella de mis noches de honda tristeza?"

EL ASTRO

Envolvió el polvo de oro de nuestros rastros,
Poeta que en la negra duda vacilas,
Su cuerpo hecho de auroras y de alabastros,
Y bebimos fulgores todos los astros
En la fuente de fuego de sus pupilas.

EL POETA

¿No viste en el misterio de los jardines,
Vagar por las penumbras, lirio sin mancha,
La hermana de las rosas y los jazmines,
Pura como los ángeles y serafines,
Alba como la nieve de la avalancha?

EL LIRIO

Humillando el orgullo de las corolas,
Vuelta la faz al cielo, pálida y mística,
Pasó como una blanca visión artística
Por las sendas floridas, tristes y solas,
Irradiando una extraña luz eucarística.

EL POETA

Caricia de los Silfos, floral aliento,
Brisa que entre las ramas trémula giras,
Y en las temblantes hojas ténue suspiras,
¿No llevaste en tus alas su dulce acento
Envidia de las arpas y de las liras?

LA BRISA

Oh! soñador que rimas tus quejas hondas,
Y en la callada noche tu pena exhalas,
Pasó llena de ensueños bajo las frondas,
Y ondulé de sus rizos las hebras blondas,
Y sus leves suspiros llevé en mis alas.

LAS FLORES

Pasó envuelta en perfumes y resplandores.

LAS BRISAS

Y temblaron de envidia todas las flores.

LOS ASTROS

Y besamos su regio cuerpo de diosa
Modelado con pétalos de lirio y rosa...

EL POETA

Para la azul abeja de mis amores.

Sueña el bardo en el parque donde sus huellas
Imprimió el ángel blanco de sus querellas,
Y se alzan las magnolias, verdes pirámides,
Cual gigantes envueltos en largas clámides
Meditando a la lumbre de las estrellas.

DELIRIO TRAGICO

A Leopoldo Lugones.

Fueron las dulces nupcias de un delirio,
Y era una flor astral mi desposada.
Surgió de una penumbra de misterio,
Y avanzó silenciosa por la estancia
Donde flotaban como enfermos lirios
De mis ensueños las creaciones blancas;
Surgió de una penumbra de misterio
Luminosa y triunfal, como esas mágicas
Visiones que la luz del plenilunio
Dibuja en las florestas solitarias;
Se aproximó a mi lecho, suavemente;
Eran de luz sus senos, y dos alas
De luz, como las alas de un gran ángel,
Se abrían fulgurantes en su espalda.
Un nimbo luminoso le ceñía
Como diadema real su frente pálida;
Eran rayos de estrella sus cabellos,
Estandarte de luz, que se agitaba
Sobre sus hombros, y de luz su cuerpo
Envuelto en los efluvios de una gasa;
Y dos flores de luz eran sus ojos,
Una rosa de luz su boca mágica,
Y de luz la sonrisa que en sus labios
Como divina claridad vagaba.
Se aproximó a mi lecho, donde sólo

Con mis hondos delirios reposaba;
Se acercó sin rumor, como la Aurora
Sobre las rosas deja un beso, y pasa,
Y "¡amor!" murmuró con un suspiro,
Extendió sobre mí sus grandes alas,
Aproximó sus labios a mis labios,
Y ese beso de luz vibró en mi alma,
Como vibra en el alma de las flores
El beso de una estrella solitaria
Perdida en los abismos de la noche;
Como vibra en el alma de las aguas
Dulcemente dormidas en los lagos,
El beso de la luna, amante pálida.
El lecho de mis lúgubres insomnios,
Testigo de mis penas y nostalgias,
Se hizo para las nupcias de un delirio,
Y fué mi pobre cuarto nupcial cámara;
Y la luz misteriosa de los astros
Penetrando al través de la ventana,
Sobre una alfombra de dibujos raros
Azahares luminosos deshojaba.

Fué la horrible tragedia de un delirio,
Fué de los sueños espantoso drama.
La blanca flor astral se hizo de sombras;
Se apagaron sus fúlgidas miradas,
Y se abrieron dos órbitas profundas;
En ellas se encendieron dos extrañas
Y redondas pupilas, semejantes
A dos carbunclos de siniestras llamas.
Su cuerpo, todo luz, fué de tinieblas,
Y sus alas de luz, sus grandes alas,
Fueron más negras que la misma noche
Envuelta en el crespón de las borrascas.
Y su boca de luz fué un negro abismo,
Y sus manos de luz fueron dos garras
Como las fuertes garras de una esfinge;
En abismos de sombras fulguraban
Como los ojos trágicos de un buho

Sus dos pupilas de infernales llamas.
Era la encarnación de las tinieblas,
Y en las sombras, de sombra era una mancha.
Agitó sobre mí sus alas fúnebres,
Entonces penetró el espanto a mi alma;
Después hundió en las carnes de mi pecho
Los poderosos garfios de sus garras,
Y arrancó de mi pecho, palpitantes
Girones de mis carnes destrozadas;
Mis carnes destrozó, y así en girones
Arrancó el corazón, rojo monarca,
Que regía el misterio de la vida
Envuelto en una gloria de escarlata;
Un graznido siniestro en las tinieblas
Cantó el triunfo sangriento de las garras.
Sus alas tenebrosas se agitaron
Y se hundió entre las sombras de la estancia
Con los rojos girones de mis carnes
Prendidos en los garfios de sus zarpas.
Soñé que era mi lecho un negro túmulo
Donde mi exangüe cuerpo reposaba;
Y sentí que en mi cuerpo se espesaron
Las sombras como fúnebre mortaja,
Se hicieron aún más densas las tinieblas,
Me oprimió el rudo peso de una lápida...

Y los astros lloraban sobre el mundo
El oro luminoso de sus lágrimas.

FUNERALES

La ví tras el velo brumoso de un sueño,
Más blanca que un lirio que sueña su ensueño
Envuelto en la suave caricia de un astro;
La vi junto al verde boscaje de lilas,
Los labios sin rosas, sin luz las pupilas,
Y frías sus manos de fino alabastro.

Inerte yacía. La noche desierta
Velaba su virgen blancura de muerta;
La voz del misterio su nombre me nombra.
El largo y doliente sollozo del viento
Poblaba la selva con triste lamento.
Un ángel muy negro reía en la sombra.

Un tenue sudario de rayos de luna,
(La luna besaba su frente en la cuna)
Cubría su cuerpo yacente de diosa;
Y ardiendo en el hondo silencio nocturno
Los negros espacios cruzaba Saturno,
Y abría sus brazos la Cruz misteriosa.

La estrella que amaba, — su trémula Sirio, —
Como un ojo inmenso que agranda el martirio,
Como una gigante pupila que mira
De pronto un espanto, lloraba en la altura;
Orión contemplaba su blanca hermosura,
Y allá, en lo insondable, temblaba La Lira.

Las flores velaban su sueño. La noche
Gemía. Inclinando su trémulo broche
Besaba una rosa su rígido flanco;
Y arriba, en la inmensa llanura del cielo,
Con rumbo a los astros, en fúlgido vuelo,
Tendía sus alas un ángel muy blanco.

De pronto se aleja la noche, vencida,
Y queda en el verde boscaje, dormida
La vírgen que amaban las rosas hermosas;
La Aurora despliega su rojo oriflama,
Y allí, sobre el pálido cuerpo, derrama
Como un postrer beso, su lluvia de rosas.

RAYOS DE LUNA

RAYO DE LUNA

(OP. 27 BEETHOVEN)

A Elena.

El piano solloza. Flota
Su canto en la noche bruna,
Como el triste adiós de alguna
Postrera ilusión remota.

Es una armonía, es una
Dulce armonía que brota
Como un llanto; cada nota
Deshoja rayos de luna.

De pronto enmudece el piano;
Ese lamento ultrahumano
Calla en la noche desierta,

Y la luna lentamente
Se oculta en el occidente
Como una esperanza muerta.

VOZ DEL POETA

Ses ailes de géant l' empechent de marcher.

BAUDELAIRE.

Soy el Ritmo que todo lo sublima;
Soy artista: yo canto, yo cincelo;
Un misterioso espíritu me anima
Y llena mi alma de un divino anhelo.

Soy un cóndor de luz: vivo en la cima;
Soy el Verbo inmortal: escalo el cielo;
Son mis alas las alas de la Rima,
Y es inmensa la curva de mi vuelo.

Soy hermano del Aguila y del Astro;
Sobre el mundano lodazal arrastro
La gloria fulgurante de mis galas,

Y como un ángel de un Edén, proscrito,
Cruzo el mundo, con ansias de infinito,
Jadeante bajo el peso de mis alas!

IMPROMPTU

A Luis Berisso.

—La dulce Ofelia pasa; su rubia cabellera
Como hebras de oro vírgen, adorna una guirnalda,
—Errante y melancólica recoge en la pradera
Las flores que constelan el lino de su falda.
—Ya sólo hay negras sombras en su cerebro inerte;
Sudario de su cuerpo será la linfa pura,
¿Qué quieres de esa niña que marcha hacia la
[muerte?
—Las flores, compañeras de su triste locura.

—La blonda vírgen pasa, la blonda y grácil
[Elsa.
La flor de las riberas del majestuoso Rhin.
—El lirio inmaculado.—La prometida excelsa
Del blanco caballero, del místico Lohengrin.
—¡Qué excelsa es la blonda Elsa!—Gentil joven
[liróforo,
¿Qué quieres de esa vírgen de pureza lilial?
—El vino de sus labios en el divino enóforo
Do bebió el caballero del misterioso Graal.

—¡Lucrecia Borghia!—pasa la lúgubre heroína;
Sus armas son el odio y el rápido veneno.
—Como un cisne de nieve su ebúrneo cuello inclina,
Y hay luz en sus miradas.—Y sierpes en su seno.
—Dos rosas son sus labios.—Que matan con un
[beso.
—Dos lirios son sus manos.—Y muere cuanto toca.
¿Qué quiéres de Lucrecia?—Entre sus brazos preso
Morir bajo los besos de su asesina boca!

FLORES

A Aurelio Giménez Pastor.

—¿Dí quién eres, blanco ensueño de un artista?
—Soy florista.
—Dame flores, oh! mi pálida florista.

Son tus ojos dos estrellas misteriosas.
—Toma rosas.
—Oh! tus labios son más rojos que las rosas.

En tu cuello hay la blancura de los cirios.
—Toma lirios.
—Oh! tus senos son más blancos que los lirios.

Y tus manos son dos trémulas irídeas,
—Toma orquídeas,
—Eres tú más imperial que las orquídeas.

—Tienes flores que codician los poetas.
—Mis violetas.
—Tus ojeras son dos místicas violetas.
Hay en tu alma soñadora extrañas flores.
—Mis amores.
—Dame flores del jardín de tus amores.

Dame flores enervantes con perfumes y venenos.
—Pues, las rosas de mis labios y los lirios de mis
[senos.

ALBURAS DE CARNAVAL

LA NIEVE

Ya pasan las vírgenes de mórbidos flancos,
Y gráciles bustos de artística gracia;
Las pálidas vírgenes cual témpanos blancos
De nieve arrancada a los montes de Tracia.

Del Carnaval llegaron las locas fiestas,
Es hora de las risas y de las farsas;
Cruzan las mascaradas alegres, prestas,
Y entre el ronco bullicio van las comparsas
Al compás de los ritmos de sus orquestas.

En las filas del corso, do la Locura
Impera, serpentinas y flores llueve;
Y proclamando el triunfo de la hermosura,
Como egregios jazmines de nívea albura
En su blanca carroza pasa "La Nieve".

No es la gélida nieve que por los flancos
De las montañas, rueda vertiginosa:
Es la nieve de amores, la misteriosa
Nieve ardiente formada de bustos blancos,
Corazones de fuego y almas de rosa.

Orgullo de los lirios de nuestros valles,
Azucenas gentiles de nuestras calles
Que en el lino sin mancha de los corpiños,
Encierran los flexibles y regios talles
Con la vírgen blancura de los armiños.

—¿Quién derrite esa nieve?—Con sus fulgores
No es el sol, el sol ígneo de rayos rojos:
Es el astro sublime de los amores,
Es el sol que derrama sus resplandores
En el cielo sin nubes de amantes ojos.

Sus bucles perfumados agita el viento,
Y cruzan, como cruzan el pensamiento
Esos blancos fantasmas de los delirios,
Como cruzan el piélago del firmamento
Luminosas barquillas llenas de lirios.

Se oyen sus claras risas; sus argentinas
Voces pueblan el aire de áureas canciones,
Pasan cual siderales blancas visiones,
Y vuelan a sus pechos las serpentinas
Como lazos que ligan los corazones.

PASIONARIA

La flor de un recuerdo de amores arranco:
Yo ví tus pupilas cual fúlgidos Sirios,
Y un ángel muy blanco, muy blanco, muy blanco,
Llenó mi pobre alma de rosas y lirios.

Oí de tu acento la suave armonía,
Cual música excelsa vibró tu palabra,
Y un ángel de fuego cruzó el alma mía:
El ángel de fuego que el hondo amor labra.

Después, esas horas de un mágico alegro
Pasaron; tu nombre ya nadie me nombra,
Y un ángel muy negro, muy negro, muy negro,
Llenó mi pobre alma de lúgubre sombra.

CASTÁLIDAS

Ceñid vuestras frentes de mirtos y lauros, gen-
[tiles Castálidas.
¡Qué bien sienta el verde del lauro en la albura de
[las frente pálidas!
Y llene las almas vibrando en las liras, la virgen
[Poesía,
Y vuele en las alas del Ritmo y del Verso la eterna
[Harmonía.

Gentiles Castálidas, ceñid vuestras frentes de
[núbiles diosas,
Ceñid vuestras trenzas con frescas guirnaldas de
[místicas rosas.
Y evoquen las almas al son de las liras cubiertas
[de flores,
Los vagos ensueños, las dulces promesas, los locos
[amores.
Ceñid vuestras frentes más blancas que el blan-
[co crestón de las olas,
Con flores de sangre, con flores de fuego, con ro-
[jas corolas.
Y canten las almas al son de las liras sus crueles
[martirios,
Y rimen las almas al son de las liras sus hondos
[delirios.

Ceñid vuestras frentes con hojas de hiedras y
[y de parietarias,
Con hojas que oyeron cantar a los vientos sus ron-
[cas plegarias.
Y lloren las almas que enluta sin tregua la melan-
[colía,
Y lloren las almas al son de las liras su lenta
[agonía.

Ceñid vuestras frentes de mirtos y lauros, gen-
[tiles Castálidas.
¡Qué bien sienta el verde del lauro en la albura
[de las frentes pálidas!

EL PARAISO

Lleno de efluvios el Edén fulgura;
Vuelan las brisas con rumor sonoro,
Cantan las aves en alegre coro
Y Eva aparece deslumbrante, pura.

De los pálidos lirios, la blancura
Tiene su cuerpo, virginal tesoro;
El sol envuelve con reflejos de oro
La casta desnudez de su hermosura.

Con tibios e irisados resplandores
La luz le forma sideral ropaje;
Semejante a una ninfa, entre las flores.

Corre gentil, espléndida, sonriente,
Mientras, traidora, oculta en el follaje,
Asoma su cabeza la Serpiente.

MARIPOSAS BLANCAS

En el jardín de mi alma no había flores;
No cantaban las brisas con sus rumores
La canción misteriosa de los retoños;
Quedó en el alma, tumba de los amores,
La nostalgia sombría de los otoños.

Quedó la honda tristeza de los desiertos;
Quedó como el invierno deja los huertos,
Sin perfumes, sin cantos, sin sol, sin nidos,
Y llevaba en su soplo pétalos muertos
De ilusiones, el viento de los olvidos.

¡Dolor de los jardines, cuando marchitas
Agonizan las flores sobre una alfombra
De hojas secas de rosas y margaritas;
Tristeza de las almas, en cuya sombra
Sólo arden los recuerdos, como estrellitas!

Con profundo misterio, lenta caía
La tarde; la siniestra melancolía
Llegaba como heraldo de los dolores,
Y el cisne de los sueños, en la agonía,
Cantaba el postrer canto de sus amores.

¡Y sombras después y siempre!...
De pronto en esas
Tinieblas tenebrosas, fúlgidos rastros;
Un astro en las profundas sombras espesas;
Una estrofa: en mi larga noche sin astros
Vibró el himno de fuego de tus promesas.

Oh! llegaste hasta mi alma, que agonizaba
Toda llena de brumas y hondos mutismos,
Con el don de tus gracias, reina de Saba,
Para alumbrar la noche que deshojaba
Sus sombras en las sombras de los abismos!

Oh! ¡blanca Electa! ¡oh, virgen! oh, soñadora!
Sonrisa de los astros, capullo abierto
En la invernal tristeza de un mustio huerto,
Tú surgiste de pronto como una aurora,
Para alumbrar las ruinas de un mundo muerto.

Desplegaron sus galas las misteriosas
Flores de mis jardines, ante tu paso,
Y volaron enjambres de mariposas
Que giraban en torno de grandes rosas
Con un suave murmullo de alas de raso.

Y eran los pensamientos las grandes rosas
Que en mi jardin abrían sus regias galas,
Y sobre ellas los versos, cual mariposas,
Revolaban ligeros, en armoniosas
Cadencias, agitando sus ténues alas.

EL NENÚFAR

Armand Silvestre.

Allá, en el agua muerta cual las llanuras áridas
Donde el palmero surge de la quemante arena,
El pálido nenúfar con sus perfumes llena
El aire tibio en donde reposan las cantáridas.

Allá, en el agua muerta y unida cual los flancos
Del cuerpo de una virgen, sin pliegues y sin ondas,
El nenúfar, sonrisa de las Nereidas blondas,
Entreabre en flor los labios de sus cálices blancos.

Y allá, en el agua muerta, con tu corola mística,
Me das, blanco nenúfar, una visión artística:
—Venus marmórea, Venus de la inmortal Belleza,

Bajo tu nívea frente, con un destello cálido,
Tus ojos ví, que tienen del mármol la fijeza,
Profundos y sin párpados, como el nenúfar pálido.

CANCION DE LOS RETOÑOS

A Federico L. Gutiérrez.

El padre de los vientos, las nieblas y la escarcha,
Se aleja a sus dominios: las gélidas regiones
Del Bóreas, conducido por roncos aquilones
Que rápidos lo llevan con impetuosa marcha,
El padre de los vientos, las nieblas y la escarcha.

La virgen Primavera rimando sus canciones
Se acerca entre gorjeos y palpitantes alas,
Y tiende sobre el mundo la gloria de sus galas,
Y puebla los cerebros de mágicas visiones,
La virgen Primavera rimando sus canciones.

La sangre de las flores en el floral imperio
Se agita fecundante; se entreabren las corolas,
Los prados se constelan de lirios y amapolas,
Y canta de los castos amores el misterio,
La sangre de las flores en el floral imperio.

En olas de perfumes revientan los capullos,
Y ofrecen a los Silfos sus senos virginales
Las flores, que celebran sus regios esponsales
Con lánguidos suspiros, y místicos murmullos.
En olas de perfumes revientan los capullos.

El agua del arroyo, cubierta ayer de hielo,
Entre floridas márgenes con músicas se aleja;
Y espejo de las ninfas, que límpido refleja
La esplendidez del día, la majestad del cielo,
Es el arroyo claro cubierto ayer de hielo.

Huyeron las tristezas al tenebroso Bórea,
Y han vuelto con las rosas las golondrinas rápidas;
Todo sonríe—¿Todo? Bajo las tristes lápidas
Duermen las blancas vírgenes en rigidez marmórea,
Frías como los témpanos del tenebroso Bórea.

¡Oh, Primavera!—sólo con trepadoras hiedras
El olvido engalana los sepulcros desiertos;
Mas, sírvannos tus galas para ofrendar los muertos,
Y ornemos con tus flores las sepulcrales piedras
Do sólo hay parietarias y trepadoras hiedras.

OFRENDA

(Página griega)

Es la fiesta de Adónis: Primavera.
Todo en su templo al dios chipriota canta,
El humo de la mirra se levanta
Y en nubes perfumadas se aglomera.

Con lento paso, virgen hechicera
De ebúrnea frente y majestuosa planta,
Hacia el altar pagano se adelanta
Y corta su abundante cabellera.

Llevando con los bucles, los hechizos
Que su cabeza escultural coronan,
Cae la diadema de sus negros rizos,

Mientras se oyen antífonas lejanas
Que las bellas hieródulas entonan
Al compás de las cítaras tebanas.

LIED

I

Moduló un himno
Su fresca boca,—
Boca que evoca
Mi remembranza,—
Y el blanco pájaro
De los amores,
Cantó en las flores
De mi esperanza.

Poblaba el bosque largo lamento;
Ya no había flores ni mariposas,
Y en la arboleda lloraba el viento
Sobre las tumbas de muertas rosas.

II

Hoy, en el alma
Sin un alegro,
El buitre negro
De los dolores,
Tiene sus grandes
Alas abiertas
Sobre hojas muertas
De secas flores.

La primavera tiende sus galas,
En los jardines sueñan las rosas,
Y agitan raudas sus leves alas
Sobre las flores, las mariposas.

BAJO LAS ACACIAS

Mientras la luna, emperatriz del alto imperio,
En las tinieblas del azur deja su rastro,
Ven a las frondas que nos brindan su misterio
Bajo la lumbre melancólica del astro.

De tus hechizos en el dulce cautiverio
Te diré versos, versos de Eugenio de Castro,
Y pondré rosas en el cálido hemisferio
De tu albo seno, de tu seno de alabastro.

Entre las hebras perfumadas de tus rizos
Un hada buena dejó todos sus hechizos,
Puso en tus formas el encanto de sus gracias,

Y de tus labios hizo nidos misteriosos
Donde mis besos se refugian rumorosos
Bajo las frondas de las trémulas acacias.

EN LOS BOSQUES

Le charme des bois.
(GILBERT.)

Corramos a los bosques solitarios
Donde son más felices los amantes,
Y las flores más puros incensarios,
Y los rudos pastores más galantes.

En sus suaves penumbras misteriosas
Nace el amor en escondida cuna,
Mientras danzan las ninfas voluptuosas
A los débiles rayos de la luna.

Se llenan de misterios y de arrullos
Cuando van a llorar los ruiseñores,
Cuando pliegan las flores sus capullos,
Y tañen las zampoñas los pastores.

Id a los bosques, frágiles beldades,
Que allí son los amores más discretos;
No temáis: las calladas soledades
Guardan, como un avaro, los secretos.

Corramos a los bosques, do la sombra
Invita a las secretas confesiones,
Y reclinados en la verde alfombra
Sentiremos cantar las ilusiones.

Mientras el bosque solitario alumbra
La luna con sus pálidos efluvios,
Corramos a vagar en su penumbra,
¡Oh! ¡Glicera gentil de bucles rubios!...

A Daura, la pastora, encontré un día
Bella como la riente primavera;
Por su espalda, en desorden, descendía
Suelta en rizos su larga cabellera.

Yo no sé qué misterio me anunciaba
El desorden galán de la pastora,
Que en sus mejillas núbiles llevaba
El tinte de las guindas y la aurora.

Y cantaba un zagal: "Son los amantes
Felices en los bosques solitarios,
Y los rudos pastores más galantes,
Y las flores más puros incensarios".

AFRODITA

Arrancando a la lira ritmos triunfales
Cantan los trovadores, bardos gentiles,
En baladas, sonetos y madrigales,
Los hechizos y gracias angelicales
De la blonda princesa de quince abriles.

Y los bardos cincelan frases lapídeas,
Soñando con secretos, dulces connubios;
Cantan a la princesa de bucles rubios,
Y ella escucha, aspirando regias orquídeas
Que embalsaman el aire con sus efluvios.

Cantan los trovadores: "Eres la musa,
Tú esclavizas las almas y las sujetas
Inspirando deseos y ansias secretas;
La visión luminosa que ardiente cruza
Por los sueños azules de los poetas.

"Inspiras, y te cantan en sus poemas
Con sonoros arpegios y vibraciones;
Tú das a nuestros ritmos brillantes temas,
Y los bardos te bordan ricas diademas
Con las flores galanas de sus canciones.

"No con clásicos mirtos, ni con laureles
Sueñan en sus cantares los tiernos bardos;
Sólo piden, ¡oh! reina de los vergeles,
Un beso de tus labios, frescos claveles,
Estuche misterioso de níveos nardos.

"Sobre un mar de armonías, rítmicas rondas
Van a tí de rondeles y de poemas;
Y envuelta por la espuma de níveas blondas,
¡Afrodita! tú surges de entre las ondas
De los ritmos, con versos por áureas gemas".

EL POEMA DE LA MAÑANA

Palidecen las lámparas astrales
Que alumbran los palacios siderales,
Y como un cisne de radiantes plumas
Llega la Aurora entre rosadas brumas.

¡Diaria Natividad!—Con el ardiente
Despertar de la luz, brilla el oriente,
Y en mágica explosión de resplandores
Surge el sol bajo un palio de fulgores.

La virgen se despierta, y en sus rubios
Cabellos, pone el astro un nimbo místico;
La virgen se despierta,—lirio pálido,—

Y soñando con besos y connubios
Se estremece su grácil cuerpo artístico
En las alburas de su lecho cálido.

UNA PAGINA DE WERTHER

A la memoria de Adolfo.

Estrella de la tarde,
¡Cómo fulguras con tu luz divina
Que del ocaso en las penumbras arde!
¡Oh, lucero inmortal! — Sobre tu nube
Yergues soberbia la radiante frente;
Desciendes majestuosa la colina,
Cuya alta cima a los espacios sube,
Y brilla con tu luz el occidente.
¿Qué contemplas, estrella misteriosa,
En la llanura que ante ti se extiende
Sombría y silenciosa?
El huracán asolador no brama;
No ruge la tormenta.—Es que se enciende
La solitaria estrella de la tarde,
Y en límpidos reflejos
Su blanca luz que en las penumbras arde
Por los mudos espacios se derrama.
Sólo gimen las brisas; — a lo lejos
El torrente murmura,
Y la escarpada roca
En la que el agua fugitiva choca
Recibe el beso de la linfa pura.
Van en carrera rápida las olas
Reflejando los pálidos fulgores;
Zumba el insecto en las campiñas solas,
Y dialogan las auras y las flores.

¡Oh! ¿qué contemplas con tu luz brillante?
Como un faro en el cielo resplandeces
Rielando fulgurante;
¿Qué contemplas? — Sonríes placentera,
Sigues en el espacio tu camino,
Y en las olas del mar desapareces.
Las ondas en inquieto remolino
Se juntan a besar tu disco bello
Y bañan tu soberbia cabellera...
Ya el cielo con tu luz no se colora;
¡Oh! ¡rayo silencioso, adiós!—ahora
Que del alma de Ossian brille el destello.

Y ese destello en su esplendor fulgura.
Vislumbro a mis amigos, los que fueron,
Y que hoy yacen en fría sepultura
Donde el silencio mora.
Se reunen en Lora
Como en los días que por siempre huyeron.
Igual a húmeda niebla de vapores
Llega Fingal. Los héroes sin rivales
Le rodean. Mirad los trovadores,
Los bardos de los cantos inmortales.
Mirad a Ulino, qué arrogante llega
Con su cabellos que parecen plata,
En los que el viento juega.
Mirad también el majestuoso Ryno,
Y el trovador Alpino
Cuya voz melodiosa se desata
Suave como el acento de que entona
El himno del amor y la esperanza.
También llega Minona:
¡Mirad qué triste y pensativa avanza!

¡Cuán cambiados estáis, amigos!—Cuánto
Os habéis transformado desde el día
De las fiestas de Selma, en que rivales

Luchamos a porfía
Por la palma del canto
En los juegos florales,
Lo mismo que volando en la colina
Juegan entre la hierba que se inclina
Las perfumadas brisas estivales.

Fué entonces, ese día, que Minona
Se adelantó radiante de belleza.
¡Miradla!—a su tormento se abandona,
Y pasa sollozando en su amargura
Lleno el rostro de célica hermosura
¡Y el alma de nostálgica tristeza!
Muy grande es el dolor que la domina,
Muy grande es su tormento;
¡Y qué bella aparece en su quebranto!
Sus grandes ojos a la tierra inclina
Impregnados de llanto.
Su larga cabellera
Ondula acariciada por el viento
Que vuela murmurando en la pradera.
Mueve sus labios de coral y rosa,
Vibra su dulce acento,
Y al oir su palabra melodiosa
Tristes quedan los héroes; los guerreros
De indómita fiereza,
Los en la lucha combatientes fieros,
Melancólicos bajan la cabeza!

Es que recuerdan de Salgar la tumba,
Es que recuerdan la sombría morada
De Colma, la del seno de alba nieve;
De Colma, abandonada
En la yerma montaña que conmueve
El huracán que con fragor retumba;
De Colma, sola en la montaña fiera,

Sin tener más abrigo
Que del cielo la bóveda enlutada,
Su voz por compañera,
Y sus tristes recuerdos por amigo.
Ella llama a Salgar, pero, ¡ay! en vano;
Sólo responde a su angustioso acento
En el confín lejano
El fragoroso estrépito del viento.

EL GRITO DE LOS FUERTES
Y OTROS CANTOS

EL GRITO DE LOS FUERTES

Cuando Venus, cual rosa del misterio,
En el abismo de los cielos arde,
Emperatriz el sideral imperio,
Y el ángel pensativo de la tarde
Posa en el mundo su ligera planta,
Cual murmullo lejano
De una inmensa armonía,
Como el ronco rumor del océano;
Cuando en la lira de las rocas canta
Sus salvajes querellas,
Una voz misteriosa descendía
De la ignota región de las estrellas.

Y decía la voz: — "Desde la cumbre
De la abrupta montaña
Que un sol eterno de fulgente lumbre
Con gloriosos resplandores baña,
Borrasca de la Idea
Donde el rayo del alma centellea,
Desciendo a despertar a los inertes
Que no oyen el fragor de la pelea:
Soy la voz de cien arpas desprendida,
Soy el mágico grito de los fuertes
Que canta en los combates de la vida!

"No broto de la lira,
De la lira tremante

En que flébil suspira
El erótico canto del deseo:
Soy la canción vibrante
Del arpa de Tirteo;
Voz de bronce: la voz de los cañones,
Vibraciones heróicas, vibraciones
Cual toque de clarín en la batalla
Llamando a las legiones
Entre el ronco fragor de la metralla.

"No soy el canto de cadencias lleno:
Como la voz del trueno,
Voz de bajo profundo
Que canta las catástrofes del mundo,
Desciendo de la cumbre de granito
Donde gritando: ¡Excelsior! ascendieron
Aquellos que sintieron
En sus almas la sed de lo infinito;
Desciendo de la cumbre solitaria
Do sólo alcanza el águila en su vuelo,
De la desierta cima
Que al cielo se aproxima
Como eterna plegaria
Que sube a las empíricas regiones;
Plegaria que la tierra elevó al cielo
En la edad de las grandes convulsiones!

"Y de los fuertes soy la voz robusta:
Canto la libertad y la justicia,
Canto la Patria augusta;
Y yo soy el arrullo que acaricia
De los grandes las frentes varoniles;
Soy de Longfelow el Excelsior mágico
Que da aliento a las almas juveniles
De la existencia en el combate trágico.

"Y soy el férreo látigo que azota
La espalda de los viles;
Y soy el hacha que derriba el yugo
Pesado del ilota;
Y soy la estrofa formidable de Hugo
Que marca a los cobardes en la frente
Y castiga al verdugo;
Y soy de Juvenal el rayo ardiente;
Y soy el verbo imprecador de Dante
Que a los infames de su patria aterra;
De Mármol el apóstrofe vibrante
Que espanta a los tiranos de la tierra;
Y de Whitman el canto majestuoso
Que a la grandeza universal levanta,
Como un salmo magnífico y grandioso
Que el himno inmenso de la vida canta".

Dijo la voz, y la pasmada tierra
Llena de asombro, calla;
Después siguió, como un clarín de guerra
Por un Angel soplado en la batalla:

"De la región donde tan solo llegan
Los que en la lucha sin descanso bregan
Por conquistar el gajo
Que ceñirá la frente pensadora:
De la región de los condores bajo
A saludarte, juventud lozana,
Que llevas en el alma soñadora
La chispa de la raza prometeana.

"Bajo a cantarte, juventud, que fuerte
Dueña del porvenir serás mañana
Si te sabes templar para el combate
Terrible de la vida;
Si la adversa fortuna no te abate
Y sabes mantener la frente erguida

Bajo el traidor embate
De la contraria suerte;
Si en impúdicos goces no te enervas,
Y en el alma conservas
El culto de lo grande y de lo bello;
Si buscas las sublimes claridades
Y remontas el vuelo, soberana,
A bañarte en el fúlgido destello
¡Brillante y puro que el Saber emana!

"Es sin tregua la lucha por la vida;
Y en el drama gigante
Hallarás cada día, agonizante
Una esperanza, una ilusión perdida.
Mucho dolor, mucha amargura encierra
Tu tránsito de un día por la tierra.
¡Cuánta dulce visión desvanecida!
¡Cuánta lágrima ardiente derramada
En el rápido curso de los años
Para encontrar, al fin de la jornada,
Desengaños, tan sólo desengaños!

"Es la lucha tremenda:
El ábrego traidor de un cruel destino
¡Ay! muchas veces tumbará tu tienda:
Mas no importa!—Adelante en la contienda,
Y henchidos de valor los corazones
Avanza por el árido camino
Con la heróica energía del guerrero;
Desecha por inútil la tristeza
Que a los pobres de espíritu acompaña,
Y sonriente, erguida la cabeza,
¡Adelante en el lúgubre sendero,
Arriba por la ríspida montaña!

"Raza de Hisperión y Prometeo:
La cumbre de los sueños, ¡qué distante!

Pero allí se halla el inmortal trofeo.
    ¡Excelsior! ¡adelante!
Y si bulle en tu espíritu el deseo
De alcanzar la simbólica guirnalda,
Si quieres del azur la eterna lumbre,
¡Mucha sed de lo grande! y en tu espalda
Dos alas se abrirán, dos colosales
Alas para escalar la excelsa cumbre
Donde vuelan las águilas caudales!

"Bajo a cantar al artesano obscuro,
    Que en su negra miseria
Uncido del trabajo al yugo duro
Por las leyes que rigen la materia,
Trabaja y forja con sublime anhelo
Tal vez sintiendo sed de lo infinito,
Tal vez sintiendo en su alma el apetito
De la divina claridad del cielo.

"¡Vedle! — inclinado en la rojiza llama
    Que en su frente derrama
Como un sangriento resplandor de aurora,
Hace gemir en sus tenazas preso
El metal que de rojo se colora,
Mientras vuelan sus cánticos sencillos
Que son como los cantos del progreso
¡Que vibran al compás de los martillos!

"Bajo a cantarte, caridad sublime,
Sólo consuelo del que sufre y gime.
En el cielo sin luz de la existencia
Eres la blanca estrella misteriosa,
El almo sol que busca la indigencia
Para alumbrar su noche tenebrosa.

"Copa llena de bálsamo del cielo,
Angel de luz que luminoso avanza

Por las viles miserias de este suelo
Entonando el cantar de la esperanza.

"Tú el bien del pobre que el gran Dios admira,
Que admira y ama con su amor inmenso;
Blanca nube de incienso
Que entre las brumas de la tierra gira.

"Tú el orgullo de Cristo, el esplendente
Amor de los amores,
Que con tu boca en flor, besas la frente
Del que sufre satánicas congojas
En el infierno atroz de los dolores,
Murmurando palabras de consuelo
Que surgen de tus labios encantados
Como armoniosos dísticos;
Tú que en las sendas del dolor deshojas
Frescas rosas y blancos lirios místicos
Para las plantas de los pies llagados.

"¡Oh! ¡virgen Caridad! Gracia radiante
Como las dulces esperanzas bella,
Que aun llevas en la frente rutilante
¡El beso de Jesús como una estrella!

"Bajo a cantarte, Humanidad que oprimen
Los triunfos espantosos del delito;
Humanidad, que sufres encorvada
Por tus negras miserias, espantada
Por la voz de dolor de los que gimen,
Que en tanta corrupción y tanto crimen
Seas grande por la sed de lo infinito.

"Y a pesar del destino formidable,
Ese monstruo sin ojos
Que siembra la existencia de dolores,
De crímenes, de enojos,

De espantos, de fastidios y de horrores,
Y a pesar de la Ley inexorable
Que la alegría con el llanto hermana
Y aduna con las rosas los abrojos,
Puedas tú frorecer ¡oh! ¡raza humana!"

Dijo la voz, y como flor de duelo
La augusta Noche su capullo cierra:
Muchas pálidas luces en el cielo
Muchas fúnebres "sombras" en la tierra.

CANCION DEL BRONCE

Al viento las enseñas, hechas tiras
en los rudos encuentros sanguinarios,
desfilan los heroicos legionarios
bajo el arco triunfal. Arden las piras,

Junto a la Diosa de las rojas iras,
mientras lanzan los viejos campanarios
la canción de los triunfos legendarios,
que dormía en el bronce de sus liras.

El Héroe se aproxima. Los clarines
anuncian a los fuertes paladines;
levanta el pueblo su potente grito,
y sobre esa embriaguez de la victoria
el bronce canta su canción de gloria,
cantando la epopeya al infinito.

TOQUE DE CLARIN

¡Lejos la lira de los cantos flébiles!—
Si el bardo en ella dulces rimas borda,
Son sus estrofas pálidas y débiles,
Es muy pobre su acento,
Para entonar vibrante el "sursum corda"
A las almas que invade el desaliento.

Lejos la lira de cadencias suaves
Y blanda melodía:
Quiero el arpa de hierro, el arpa ruda
En cuyas cuerdas graves
Duerme el ritmo de mágica armonía;
La que en las horas de cansancio y duda
Cuando agoniza fatigada el alma,
Y dormita la idea
En el cerebro en bochornosa calma,
Como el silencio en el profundo abismo,
Vibra como el clarín en la pelea
Para cantar el sursum: — "corazones,
" Despertad, combatid con heroísmo
" Del dolor implacable las legiones,
"Del hastío los fúnebres espectros";
El arpa tosca de acerada fibra,
La que potente vibra
Sólo al contacto de robustos plectros.

Al compás de sus broncas vibraciones
Alzar mi canto quiero,
¡Oh! juventud, que henchida de ilusiones
Te lanzas de la vida en el sendero.
Pobre de voz, de inspiración, escaso,
Permite que mi acento te delate
Y hasta ti llegue, juventud, que acaso
Dueña del porvenir serás mañana,
Si te sabes templar para el combate
Terrible de la vida;
Si la adversa fortuna no te abate,
Y sabes mantener la frente erguida
Bajo el traidor embate
De la contraria suerte;
Si en impúdicos goces no te enervas,
Y varonil y fuerte
En el alma conservas
El culto de lo grande y de lo bello;
Si buscas las excelsas claridades
Y remontas el vuelo soberana
A bañarte en el fúlgido destello
¡Brillante y puro que la Ciencia emana!

Es sin tregua la lucha de la vida;
Y en el drama gigante
Hallamos cada día, agonizante,
Una esperanza, una ilusión perdida.
¡Cuánto dolor, cuánta amargura encierra
Nuestro paso de un día por la tierra!...
¡Cuánta dulce visión desvanecida,
Cuánta lágrima ardiente derramada
En el rápido curso de los años
Para encontrar al fin de la jornada
Un completo caudal de desengaños!

Es la lucha tremenda;
El ábrego traidor de un cruel destino

¡Cuántas veces derriba nuestra tienda!
¡Mas, no importa! Adelante en la contienda,
Y henchidos de valor los corazones
Avanzad por el áspero camino
Con la heroica energía del guerrero;
Desechad por inútil la tristeza
Que a los pobres de espíritu acompaña,
Y sonrientes, erguida la cabeza,
Adelante, en el lúgubre sendero,
Arriba por la ríspida montaña!

Adelante, aunque es ruda la subida;
Que como amargo grito de protesta
En la ascensión de la escabrosa cuesta
Sólo él ¡ay! de los débiles se escucha,
De aquellos que en la aurora de la vida
El alma ya la sienten invadida
Por las tristes penumbras de la tarde;
¡Arriba, corazones! — En la lucha
No desfallezcas, juventud, cobarde!

II

POETAS

Que modeláis en el lenguaje humano
Como con mármol griego, esas secretas
Imágenes, vestidas con las galas
De vuestra luminosa fantasía,
Arriba el pensamiento soberano,
Que despliegue magnífico sus alas
Por los campos de luz de la poesía.

No lloréis como el pájaro en la selva
Cuando canta en las sombras sus dolores,
Si espera en vano que a su nido vuelva
La avecilla gentil de sus amores.

Del que lleva en el alma ese divino
Rayo de luz del cielo desprendido,
Más grande es la misión, ¡oh! trovadores,
Que poblar con la música de un trino
De gemidos estériles el viento.
No os dobleguéis ante el pesar sañudo
Mustia la faz, dormido el pensamiento.
Cuando el dolor agudo
Clava en los pechos su traidora zarpa,
Pedid a Dios la inspiradora chispa,
Y entre los dedos que la fiebre crispa,
Crujan las cuerdas rítmicas del arpa.

Del arpa de salvajes armonías,
La que tiene en sus trémulos cantares
La voz de los soberbios aquilones
Cuando impetuosos en fragor estallan;
La que tiene el rugido de los mares
Cuando sus olas con furor batallan
Imponentes, bravías;
La que canta a la patria;
La que dice con épicas canciones
El valor de los héroes inmortales
Y lo saluda en su ascención al podio
Sublime de la gloria
Con músicas triunfales;
La que premia el honor de los patriotas
Con himnos soberanos,
Pero fulmina con sus cantos de odio
Los Cartouches, productos de la escoria
Y marca con el fuego de sus notas
La frente de los tétricos tiranos.

Esa, la que fulmina, ruge y canta
Con su ritmo gigante,
La que tiene por lema,
"Patria y Libertad" y la Justicia

Por su más bello culto,
Que a los nobles y fuertes acaricia
Con el arrullo de su voz vibrante
Y da aliento a las almas juveniles,
De la existencia en el combate trágico,
Cuando en acordes líricos levanta
El ritmo intenso de su canto mágico!

Y en las infamias de los seres viles
Ruda castiga pero no blasfema;
Y en vez del torpe insulto
Y de lanzar terrible su anatema
Bajo el delirio de sus odios santos,
En las frentes del ruín y del estulto
Agita como el rayo en las borrascas
El látigo de fuego de sus cantos.

Pulsad esa arpa y levantad el vuelo
A la región de las celestes lumbres;
Buscad la augusta majestad del cielo
Como el águila altiva de las cumbres.
No le pidáis al ruiseñor sus galas,
Pedidle al cóndor sus audaces alas.

Mas ¡ay! si el cruel dolor sólo os inspira
Y aprisiona sombrío
Las almas con sus lúgubres cadenas;
Si os sigue como a Byrón el hastío,
Y cantáis sollozando vuestras penas;
Si en vosotros pesares sólo se halla,
También cual Byrón arrojad la lira
Para volar al campo de batalla!

III

"La labor todo vence" — Ese es el lema
De la raza latina,
Y la ley del trabajo, es la suprema
Ley que a la luz los pueblos encamina.
Sí, trabajar es la misión del hombre;
Y nosotros, obscuros combatientes,
        Adalides sin nombre
De las luchas eternas de la vida,
Que vertéis el sudor de vuestras frentes
        En trabajo fecundo,
Sabed que vuestra mano encallecida
También impulsa en el progreso al mundo.

Empuñáis la mansera del arado
Sin desmayar en la faena dura,
Y ved el fruto del trabajo honrado:
Se transforman los campos en rastrojos
        Donde la mies madura
Del sol ígneo a los cálidos efluvios,
Y en lugar de malezas y de abrojos
Lozanos crecen los trigales rubios.

De la vida mundana a los placeres
Ajenos, y a sus vicios miserables
Arrancáis de la tierra a las entrañas
        El metal codiciado
Y entre el ruido infernal de los talleres
Fabricáis esos monstruos formidables
De alma de fuego y corazón de acero,
Que al través de los mares y montañas
La vida expanden por el orbe entero.

¡Oh! en la labor fecunda,
Que es la que hace a los pueblos soberanos

Con fé en el porvenir, con fe profunda,
Levantad vuestro lábaro, artesano!
¡Arriba en el combate, corazones,
Que al benéfico influjo del trabajo
Se levantan soberbias las naciones!
Artesanos, artistas, trovadores,
En el yunque, en la piedra,
O en el arpa de rítmicos rumores,
¡Arriba! — que en el trágico combate
El alma de los grandes no se arredra,
El alma de los fuertes nó se abate.
Y al llegar, — la cabeza encanecida
En el yugo sublime del trabajo,—
A esa edad de la vida
En que ya el himno de la vida calla,
Ostentad vuestras canas, como el gajo
De laurel conquistado en la batalla!

CANTO DE VIDA

—¡Oh! tú, joven que pasas, y en tus mejores [años
Ya inclinas la cabeza tras rudos desengaños,
Que en plena primavera ya sientes el invierno,
Y el corazón cansado parece un viejo eterno,
Un viejo de mil años que vela en una tumba
Sintiendo cómo todo vacila y se derrumba;
¡Oh! tú, joven, qué dices:—"Yo veo todo incierto,
La vida me parece más sola que un desierto;
Me hiere el formidable fantasma de la duda
Que en el alma que sufre hunde su zarpa aguda";

¡Oh! tú, joven, que dices:—"mi vida es un de- [sierto,
Por eso voy vencido más pálido que un muerto",
He aquí el jardín del arte, divino y misterioso,
¡Oh! tú, pobre vencido que buscas un reposo.

Deja con tus dolores tus taciturnas quejas,
Y escucha el rumor suave de brisas y de abejas;
Las líricas abejas aquí liban sus mieles;
¡Oh! ven a este refugio; descansa tus fatigas
Bajo la augusta sombra de los nobles laureles
Que rozarán tu frente con sus ramas amigas;
Es este el vergel fresco de ondinas y de Freyas,
Es el jardín glorioso de idilios y epopeyas.
Suenan entre las flores mil flautas encantadas

Que siguen en sus giros las danzas de las Driadas;
El alma de los dioses habita estos lugares;
Aquí se olvidan todos los humanos pesares;
Queden con tus nostalgias tus silenciosas penas;
El río del Ensueño desata aquí sus linfas
Pobladas con los cantos de las viejas sirenas,
Y llenas del perfume del cuerpo de las ninfas.

Ven, deja en el olvido tus trágicas querellas;
Borra de tus recuerdos los dolorosos rastros,
Y así como esos cielos que se cubren de estrellas,
En el cielo de tu alma florecerán los astros.
¡Oh! joven caminante, doliente peregrino
Que traes en tus sandalias el polvo del camino,
Del largo y tenebroso camino del calvario,—
Que guardas en tus ojos tu honor de solitario,
Y has sentido en tus carnes las espinas agudas,
Ven aquí, a este refugio; deja dormir tus dudas,
Verás cómo se alegra tu vida miserable
Mirando lo invisible y oyendo lo inefable;
Y secará tus ojos aún húmedos de llanto
Una brisa que sopla del país del encanto.
Tú sabes que las horas de dicha son fugaces;
Ven, goza ¡cuántas flores!—Arráncalas por haces,
Y así, forma con ellas manojos de poesía,
Que exhalen en perfumes su virgen armonía,
Y con esos perfumes embriaga tu tristeza,
Florezca toda tu alma sobre tu misma duda,
Como si en esas flores, vibrante de belleza,
Vieras surgir el mármol de una mujer desnuda.

Mata con ideales tu congoja secreta,
¡Y sueña!—Son muy dulces los sueños de poeta!
Embriágate de cantos, de luz y de armonía,
Contempla en todo el sello de las dichas impreso,
Y así como al sol canta la alondra su alegría,

Ríe al sol, y en tu alma vibre su ardiente beso,
Como un beso de fuego, como un beso de amante
Que llene de quimeras tu vida en un instante!
¿Por qué llevar la frente plegada de martirios
Cuando aún hay primaveras que se visten de li-
[rios?
¿Por qué ser el juguete de los hados adversos,
Cuando uno puede al hado fulminarlo con versos?
Llevemos en las frentes ensueños y delirios,
Llevemos nuestras almas pobladas de universos!
¿Qué importa que hayan muerto tus dulces ilu-
[siones?

Ahoga tus tristezas con tus mismas canciones;
Sé así como esos árboles que azotan los otoños:
Caen sus hojas, y esperan cantando otros reto-
[ños;
Cantando como liras al soplo de los vientos
Que arrancan de las ramas desnudas sus lamentos.

Por eso el mismo nombre de la tristeza olvida;
Déjate, joven pálido, seducir por la vida,
La vida es noble y grande, la vida es dulce y be-
[lla;
Cada astro es una flor; cada flor una estrella;
Todo vive, todo ama; desde el insecto inmundo,
Hasta Dios; — una gota es la imágen de un
[mundo.

Déjate, ¡oh! vencido, conquistar por la vida
Que te sonríe y canta, como una prometida;
Marcha mirando al cielo, llenos de luz los ojos;
Convierte en alegrías tus trágicos enojos,
Vive la noble vida del arte, lo inmutable,
Verás llena de gloria tu vida miserable.
Para todo el que lucha tiene el laurel un gajo:
Trabaja, es la esperanza la hermana del trabajo.

Verás cómo la vida te canta sus promesas,
Verás cual te sonríen las mágicas princesas
Del amor y la gloria, la dicha y la fortuna;
Mas si a pesar de todo, tú vacilas vencido,
Busca un astro en las mismas tinieblas del olvido,
Como un ruiseñor triste la lumbre de la luna.

Ama la vida; mira los fuertes labradores
Que marchan con sus hoces cantado sus amores;
¡Cómo serena el alma la paz de las campiñas!—
Se puebla de gorjeos y trinos el espacio;
¡Oh! mira cuán fecundos maduran en las viñas
Para el vino los dulces racimos de topacio!
Escucha el himno inmenso que entona a las au-
[roras
El mundo que despierta; contempla las pastoras,
Diciendo sus mentiras de amor a los zagales
Que entornan sus pupilas en éxtasis nupciales;
Oye el balar sonoro de las blancas ovejas,
Y en el prado el vibrante zumbar de las abejas.
Reboce en tu alma toda la lumbre soberana
Del sol, y oye el ruido de la colmena humana,
Que fabrica en los campos o en los rudos talleres,
El panal de sus dichas, la miel de sus placeres.
Oye la dulce flauta del pastor que se aleja
Llenando la campiña de una armoniosa queja;
Contempla las alondras que con ánsias de cielo
Se pierden en las nubes con atrevido vuelo,
Verás que en tu alma enferma un eco se levanta,
Que una ilusión despierta y una esperanza canta!

Mayo 1907.

EL TRIUNFO DE LA LIRA

Dijo el rey, el augusto soberano,
a la blanca princesa del lejano
país de las montañas:
"Yo, que he visto tus ojos como extrañas
y luminosas flores de los sueños
bajo el arco triunfal de tus pestañas,
te diera mi corona
que mi augusta grandeza
y mi soberbia majestad pregona,
para ceñir ¡oh, virgen! tu cabeza
llena de luz y místicos ensueños;
como ofrenda de amor y de cariño
a tus plantas de diosa extendería
mi real manto de púrpura y armiño;
y con flores de mágicos jardines
para tus pies pequeños, formaría
blanda alfombra de lirios y jazmines,
de rosas sin abrojos,
de nardos, de miosotis y de lilas,
do quede el rastro de tu planta impreso,
por sentir en mis ojos, como un beso,
la astral irradiación de tus pupilas".
Así dijo el augusto soberano
a la blanca princesa del lejano
país de las montañas,
y ella extendió sobre sus grandes ojos
como dos alas negras, sus pestañas.

Dijo el guerrero de las lides nobles,
el bravo vencedor en cien torneos:
" — Yo, que he visto tus labios suavemente
abrirse como flor de los deseos,
yo que luché por el sagrado lema
de "Patria y Religión", esta diadema
que la gloria tejió para mi frente
con hojas de laureles y de robles;
esta fulmínea espada,—
más fuerte que la espada de aquel velsa
en Nibelheim forjada,—
que ha humillado, invencibles caballeros
en combates y homéricas batallas,
y llega al corazón de los guerreros
al través del acero de las mallas;
y este escudo, — más fuerte que la roca, —
donde trazó la Patria su divisa,
todo lo arrojo ante tu planta excelsa
por obtener de tu purpúrea boca
el premio de mi amor: una sonrisa".
Así dijo el heróico combatiente,
el guerrero magnífico y gallardo,
y ella inclinó, sin responder, la frente
más blanca que los pétalos del nardo.

Dijo el poeta de las rimas suaves,
el que aprendió a gemir con el torrente
y a cantar con los trinos de las aves;
el que escuchó en la gran Naturaleza,
que es de lo bello la inexhausta fuente,
el himno colosal de su grandeza:
" — Yo, que he visto tu boca, fresca rosa
tibio nido de ignotos embelesos,
fresca rosa que aguarda silenciosa
las blancas mariposas de los besos,
con mi lira de ritmos virginales
que en los juegos florales

fué ceñida de mirtos y laureles,
te haré al compás de líricos arpegios,
con dulces trovas y cantares regios,
en estrofas de luz, ricas diademas
engarzadas de rítmicos rondeles,
de áureas rimas, de frescos madrigales,
de baladas, sonetos y poemas,
por sentir en mis ojos
la luz de tus pupilas fulgurantes,
y en mis trémulos labios palpitantes
un beso ardiente de tus labios rojos''
El bardo dijo.
Extraños resplandores
brillaron en la fúlgida mirada
de la princesa de ojos soñadores,
y aproximóse al trovador, llevada
por la inmensa atracción de los amores;
después, los labios con delirio impresos
estallaron en música de besos,
y al dulce influjo de pasión secreta,
brotaron en sonoras vibraciones
espléndidas canciones
de la lira triunfante del poeta.

EL HUEVO (1)

Fruto de amor, germen de vida: ¡huevo!
Tú ocultas el renuevo
De otras generaciones;
Bajo tu frágil cáscara se encierra
Todas las esperanzas de la tierra
Y el misterio de todas las creaciones.

Guardas la voz del porvenir obscuro;
En tí se halla escondida
La impenetrable esfinge del futuro,
Y, ¡oh, huevo! — perla de un amor salvaje,
Esperas las tibiezas de un plumaje
Para que un mundo en tu interior despierte,
Para que vibre el himno de la vida
Ante el inmenso asombro de la muerte.

(1) Esta composición fué escrita en un huevo de avestruz que el autor encontró en la Pampa.

EN EL GRAN SIGLO

(De mis protestas)

Mujer excelsa de inmortal belleza
Y planta majestuosa,
Yergue arrogante la gentil cabeza
Con la actitud magnífica de Diosa.
Sobre el mundo camina
Dejando esplèndorosa
Tras de su paso fulgurante huella,
Y en su pálida frente luminosa
Como el ojo de un Dios brilla una estrella.

La Tierra se estremece y se ilumina
Y sus triunfales cánticos levanta
Con vibrante armonía,
Al sentir la caricia de tu planta;
El Universo, de alma luz se puebla,
Y se alejan las sombras, como un día
Al vibrar el "fiat-lux", huyó la umbría
Noche que con su lóbrega tiniebla
El mundo en sus crespones envolvía.

Esa sagrada Dea
Que cruza por la tierra, triunfadora,
Agitando en sus manos una tea
Con la que esparce claridad de aurora,
De una aurora inmortal, es la divina

Ciencia, hija de Dios, fúlgida llama
Que las fúnebres sombras ilumina
Con la brillante lumbre que derrama.

Ella fulgura en la razón humana
Y hace del Hombre un rey; los densos velos
Que guardan el enigma de los cielos,
Se rasgan a su lumbre soberana;
Ya no oculta la gran Naturaleza
Sus secretos recónditos, profundos;
Y el Hombre, contemplando su grandeza,
Levanta con orgullo la cabeza
Y descifra el misterio de los mundos!

¡En vano ruge la borrasca! En vano
El relámpago, lívido
Como férula rauda,
Cruza dejando luminosa cauda;
En vano cruza con destello vívido
El rayo con estrépito que aterra;
El pensamiento humano
Le encadenó para alumbrar la tierra.

No importa que se yergan las montañas
Sirviendo de frontera a las naciones;
No importa que revuelva sus entrañas
Con rudas convulsiones
El Océano salvaje.
Los rieles suprimieron las fronteras
Y cruzan los "steamers" el oleaje
Para llevar la vida a otras riberas.

¡Oh, vapor! tú eliminas las barreras
Que separan los pueblos y las razas;
Y en el mar, y en la tierra
La hermosa ruta del progreso trazas,
Cuando cruzas, ¡oh! mónstruo soberano,

Con la ignorancia y la rutina en guerra,
Cantando el triunfo del saber humano.

Y el Hombre es rey; y ostenta su corona,
Su corona de luz: la inteligencia;
Y como un Dios Olímpico aprisiona
Con el poder divino de la Ciencia,
Ya la imágen que vive y que palpita
Guardando de la vida fieles rastros;
Ya la luz de la estrella que gravita
Del espacio en la bóveda infinita
Para estudiar la vida de los astros;
Y esclaviza ese fluído misterioso
Que es el rayo de Júpiter, sangriento,
El rayo luminoso,
Que en las nubes fantástico serpea,
Para que en cables de delgado acero
Lleve triunfante la inmortal idea
Y vibre el verbo sobre el orbe entero.

Nada se esconde a ese tenaz empeño
De investigar, que en su alma luchadora
Incesante se agita:
Ni el mundo donde habita
Lo infinito pequeño,
Y cuando en él la vista audaz sepulta,
A su intensa mirada indagadora
Se abren las puertas de la vida oculta.

Y la materia vil está vencida;
La materia, la fuerte,
Ved como ante una luz desconocida
En transparente gasa se convierte.

Sus páginas abiertas
Ofrece al hombre la creación; el velo
En que se ocultan las edades muertas

Descubre los secretos que ha guardado,
Y en las ruinas desiertas
Halla el Hombre la historia del pasado.
El cosmos sus enigmas ya no esconde,
Y al descifrar la incógnita del cielo
La voz de las estrellas le responde.

Su alma sedienta
De verdad y saber, audaz intenta
Arrancar los secretos de ultratumba
Para leer en el Gran Desconocido,
Mas sólo ante el misterio de la tumba
Le detiene sin fuerzas y vencido!

II

La gloria es de la Ciencia. Ella triunfante
Alza altiva su antorcha fulgurante;
Recibe el mundo el luminoso beso
De su divina tea,
Y brota de sus rayos el progreso.
Se pueblan las desiertas soledades,
Se levantan magníficas ciudades,
Y hace que el siglo diez y nueve sea
La más grande de todas las edades.

Mas ¡ay! la humanidad siempre es la misma;
La misma humanidad con sus errores,
Con sus odios ludibrios y rencores,
Con su eterno luchar por la existencia,
Con sus dudas, sus vicios, sus dolores.
Junto al creso potente que se abisma
En la contemplación de su riqueza,
El pobre arambeloso, el ruín mendigo,
Que sin pan, sin abrigo,
Melancólico gime en su pobreza.

Siempre esa lucha a muerte
En la cual es el débil vencido,
Y en la que es sólo vencedor el fuerte.

El mundanal bullicio
Festejando con ronca carcajada
Las victorias impúdicas del vicio;
La virtud humillada,
Siempre la compasión en su apogeo,
Sumergido el apóstol en la nada
Y elevado a la cumbre el fariseo.
Alzándose soberbios los malvados
Que ocultan de sus almas la impureza
Con la pompa de cínica grandeza:
Los sepulcros blanqueados
Cuyo exterior magnífico y sereno
No revela que están allí guardados
Sombras, cenizas, podredumbre y cieno.

El siglo de las grandes invenciones,
El siglo en que nos cuentan sus secretos
Los profundos espacios estelares,
Donde a la ley de gravedad, sujetos
Raudos guían los astros a millares,
Formando en el azul constelaciones;
El que el progreso de la tierra labra
Haciendo del relámpago violento
Un corcel del humano pensamiento;
El que por arte misterioso encierra
La fugaz vibración de la palabra;
El que horada los montes de la tierra
Y conquista el dominio de los mares;
El siglo de la luz y del progreso,
El siglo diez y nueve, el siglo grande,
En que la Tierra al recibir el beso
De la divina Ciencia, soberana,
Crece en poder, como la flor se expande

Con la fecunda luz de la mañana;
¡Qué cuadros tan sombríos nos presenta!:
De un lado las naciones
Empeñadas en ruda lid sangrienta,
Escuchando el fragor de los cañones;
Hollada por la planta de los turcos
Y sumergida en hondo, amargo duelo,
Grecia, de Dioses y de héroes cuna,
Viendo pasear por su glorioso suelo
Donde el Arte dejó inmortales surcos,
Los pabellones de la Media Luna;
Pueblos que luchan por romper el yugo
Que ungió a sus frentes opresor verdugo;
En pugna cruel hermanos con hermanos
Sólo por la ambición de los tiranos;
Más allá la Anarquía
Agitando sombría
La dinamita y el puñal artero,
Y el hombre, soberano de la tierra
Perfeccionando en su creadora mente
Las armas espantosas de la guerra!

En la edad de las grandes concepciones
Aún no podemos levantar la frente
Y entonar de los libros las canciones.

Que no basta haber roto las cadenas
Pesadas del esclavo;
En lucha heróica, — varonil y bravo
Como los héroes de la antigua Atenas, —
Para ser libre un pueblo, si el civismo
No late de sus hijos en el pecho,
Si dócil mira alzarse el despotismo
Y a la fuerza triunfar sobre el derecho!

Mientras los pueblos levantarse vean
Opulentos palacios para el vicio,

Frente a tanta miseria, a tanto humano
Que un vestido y un pan implora en vano;
Mientras los buenos ciudadanos sean
Por la fuerza arrojados del comicio;
Mientras pueblos impávidos toleren
Que el fraude y el desquicio
En su espantosa repugnancia imperen;
Mientras haya mandones y lacayos,
Roncos cañones que vomiten rayos,
Y mientras la virtud sea humillada
Por el triunfo brutal de, la impudicia,
Será la Libertad, Diosa ignorada
De cuyas gracias no ha gozado el hombre,
Pues no habrá Libertad si no hay Justicia,
Y si no hay Igualdad tan sólo un nom-
[bre
Será la Libertad!

¿Contemplarán los venideros siglos
La redención de la familia humana?
¿Morirán algún día esos vestiglos,
Esos mónstruos feroces
Que hoy devoran la raza prometeana?
¿En qué ignoto mañana
Será la Libertad una victoria?
Entonces cantarán vibrantes voces:
"¡Gloria en los siglos de los siglos, gloria!"

EL CRISTO DE LAS SOMBRAS

En el ruinoso muro de un viejo monasterio,
Donde el silencio mora con su paje el misterio,
Yo vi el desnudo cuerpo de un Cristo en el Cal-
[vario
Que a su pasión le presta el muro solitario.
Era un Cristo de piedra, pendiente de los brazos
De una cruz, que la hiedra cubría con sus lazos.
Clavada en sus cabellos la corona de espinas,
Diadema del suplicio, corona el cuerpo en ruinas:
El cuerpo en que la lanza, de hiel envenenada,
Con hiel inocularа su carne inmaculada;
Y velando sus párpados esas pupilas yertas
Parecían dos pétalos sobre dos flores muertas.
Lo veo en mis recuerdos: una sonrisa vaga
Por su entreabierta boca: en su flanco una llaga
Florece como el rojo corazón de una rosa.
Yo vi el Cristo de piedra en la cruz silenciosa.
Yo vi el Cristo de piedra y esta impresión sub-
[siste
Cuando la tarde baja serenamente triste,
Entre un vapor rosado, y entonces me parece
Ver, de pronto, en el cielo que sin luz se entris-
[tece,
Surgir la Noche, aún húmeda, como en sudor
[sangriento
Clavada en el sombrío terror del firmamento;
Y veo en las estrellas que poco a poco emergen,

Los clavos que en sus carnes desnudas se sumer-
[gen
Haciéndole agujeros y heridas luminosas,
Que sangran en la sombra su sangre toda luz,
Toda luz cual la sangre de las sangrientas rosas
Del Cristo, florecido de rosas en la Cruz.
Así surge la noche clavada en el espacio
Hendidos en sus carnes los clavos de topacio;
Después, mientras la hora sombríamente avanza,
Se constela de heridas su flanco desgarrado;
De pronto se abre al golpe de una invisible lanza
La luna, llaga enorme, sangrando en su costado.

EL JUICIO FINAL

(Gilbert)

—"¡Oh! justos, ¿de qué os valen las virtudes?
Dijeron los impíos — "Si os protege
" El Dios de las excelsas altitudes
" Y en vosotros de allí vierte su gracia,
" ¿Por qué os veis oprimir por el hereje,
"Por qué os veis humillados
" Bajo los pies de hipócritas malvados
" Que triunfan y prosperan por la audacia?
" Implorad a ese Dios, que su venganza
" Arme para sus hijos. — ¿A él no alcanza
" Vuestra oración? — ¿Qué se ha hecho su cle-
[mencia?
" ¿Inútil es que vuestra voz lo llame?
" ¿Ya no oye, ya no ve? — ¿Con el infame
" Y el opresor está en inteligencia?"

—" Vuestras blasfemias suspended, malvados,
" Enmudeced imbéciles estultos,
" ¿La palabra os ha dado
" Dios, para recibir nuestros insultos?
"El nos hiere, es verdad; El, implacable
" Con su enojo sagrado nos fulmina;
" ¡Mas no importa! — a su ley inexorable
" Sumisos, esperamos, miserable
"Que nos hiera su cólera divina!

" Ya ese sol que ha mirado los rigores
" Que los justos sufrimos, raudamente
" Conduce el día del juicio,
" Y Dios compensará nuestros dolores,
" Y Dios nos vengará, ese Dios clemente
" De los triunfos impúdicos del vicio".

—" ¡Oh!, justos, nuestro Dios está dormido,
" Porque sujeta a la maldad ha estado
" Toda virtud, y el pobre infortunado
" En vano, en vano a Dios se ha dirigido,
"Y Dios no lo ha escuchado.
" El duerme en lo profundo de los cielos
" Sobre los rayos mudos,
" Bajo un dosel de vaporosas velas
" Custodiado por ángeles desnudos.
" Vuestro Dios está inerte
" Y en vano esperarás que te despierte.
" Mientras duerme, imitadnos: sed culpables
" Con tal de ser felices".
—"Miserables!"

¿Qué ruido se levanta? — La trompeta
Ha sonado vibrante,
Y su sonido, invocación secreta
A los genios del mal, a las regiones
Más lejanas llegó. — Con rudo enojo
En zigzag azulados
En su carro de fuego, centelleante
Cruza el rayo los aires espantados.
Esos astros que brillan como un rojo
Disco de sangre ¡esa furiosa guerra
De los vientos que han roto sus prisiones
Con titánico esfuerzo!
Anuncian a los hijos de la tierra
El instante final de universo.

Se lanza de su lecho el oceano:
Invade las riberas
Rugiendo soberano;
Se revuelven las olas, altaneras
Bramando se alzan a batir el cielo:
Ya cubren la llanura... la colina...
Ya tienden sobre el mundo
El manto de sus aguas, como el velo
De la muerte. La tierra es una mina.

Es Dios que se despierta del profundo
Sueño en que reposaba;
Es el Dios tanto tiempo despreciado
Que se levanta airado,
Y augusto sale de la noche obscura
En que lejos del hombre descansaba.
Ha aparecido ¡es El! — ¡Cómo fulgura
Su frente majestuosa! — Con un Santo
Enojo, su pie posa sobre el mundo,
Y el mundo se estremece con espanto!

Temblad, humanos, de ese Dios al nombre!
Es el juez formidable
Que viene a hacer justicia, la suprema
justicia. Miserable,
¡Temblad! — el hombre ahora es igual al hombre,
Nada valen el oro y la diadema:
Abre ya la verdad, ese terrible
Libro en que están los crímenes escritos,
Malvados, nuestros crímenes. — Malditos
De la tierra y del cielo,
También la religión está insensible
Y os niega su consuelo.

Dejad las sombras, almas de los muertos,
Y buscad en los féretros desiertos
La antigua forma corporal terrena,

Para llegar a Dios, que Dios os llama
Con la trompeta que vibrante suena
Como la voz del vendaval que brama!
Y arrancados al lúgubre reposo
Con estruendo horroroso
Que en los sepulcros cóncavos retumba,
Raudos los muertos con terror se lanzan
Y ante el Eterno, pálidos avanzan
Cubiertos por el polvo de la tumba.

Cuántos pueblos perdidos
En recinto inmortal hoy Sión, encierra!
El muslime, el idólatra, el cristiano,
Otras razas que fueron de la tierra,
Se reunen confundidos
Ante el juez soberano.
Con el déspota ved al homicida:
Su frente envilecida
Al peso de los crímenes abate;
El avaro, el ladrón, el usurero,
El ingrato, el magnate,
Y también ese pérfido guerrero
Que traicionó su patria en el combate.

Ved los jueces que viles comerciaban
Con la sangre del mísero inocente;
Ved los cresos, que infames se mofaban
Del hambre y desnudez del indigente.
Ante la santa cólera divina,
¡Oh!, potentados, doblegad la frente!
Y vosotros tiranos, ciegos reyes
Que imponíais al mundo duras leyes,
Ya nada son el cetro y la diadema:
El mundo está destruído, y de su ruina,
Agitando su espada fulgurante
Se levanta triunfante
La justicia Suprema.

No esperéis compasión, torpes malvalos;
Han sido de los años, arrancados
Los días de Clemencia,
¿Ya no insultáis las lágrimas, y adustos
No os mofáis del dolor de la inocencia?
¿Duerme el Dios de los justos?
¡Contestadnos! — ¿lloráis? — ¡oh! nos divierte
Vuestro llanto, ¡cobardes! — El Eterno
Os ha cedido al ángel de la muerte
Y reclama sus presas el Infierno.

¿Por qué en ondas de excelsas claridades
Mis pensamientos flotan?
Algo sublime el corazón inspira:
¿Es el triunfo al través de las edades
De la justicia? — Sin quererlo brotan
Acordes voluptuosos de mi lira.
Respetad, pecadores, mi delirio
Que comprender no pueden los abyectos!
Entre nubes de un místico incensario
Contemplo del Señor a los electos,
Los que sufrieron terrenal martirio,
Rientes marchan al fondo del santuario.

... ...

... ...

¿Qué se hicieron los pueblos de culpables
Que cubrían a Sión? — Habló el Eterno:
Sus augustos acentos formidables
Los han precipitado en el infierno.
En tumulto espantoso
Allá fueron hermanos con hermanos,
La esposa y el esposo,
Reyes y cortesanos,
Esclavos y opresores;

Todos cayeron, dilatada hueste
De inicuos pecadores
Librados a la cólera celeste.

Los buenos alcanzaron la victoria
Reservada por Dios para los justos,
Y en las puras regiones de la Gloria
Habitan los alcázares augustos;
Allá sienten a Dios, allá se escucha
Su dulce acento henchido de clemencia,
Allá reposan de la larga lucha
De la triste existencia;
Y Dios su inútil trono ha destrozado,
Satisfecha su cólera divina;
Y el Tiempo, de sus alas despojado,
Inmóvil duerme sobre el mundo en ruina.

ENSUEÑO

El ensueño es la fuente
En que se abreva, — pobre sitibunda —
El alma en el destierro, gemebunda
Como tórtola herida.
Así el alma doliente
Oye la dulce voz de los ensueños.
¡Oh! el ensueño, consuelo de la vida,
¡Oh! ¡las vidas que viven de los sueños!

Allá, en la lontananza
De un brumoso país, se desvanece
La risueña visión de la esperanza,
Que rápida se aleja,
Y detrás de sus pasos, sólo deja
Los sollozos de un día que fenece.
Crece la soledad, la noche crece;
Ya se disipa ese miraje de oro
Que la vida un instante nos ofrece.
Llega hasta el alma solitaria el coro
Alegre de vendimias provechosas;
Fermenta el vino en el lagar sonoro,
Florecen en las sendas nuevas rosas,
Y a donde van las cosas olvidadas
Traza el alma sus huellas silenciosas
Por un jardín de espinas y de espadas.
¿Qué importa que a lo lejos
Cante la vida, y la existencia ría

Y en las copas chispeen los añejos
Disipando la gris melancolía?
¿Qué importa que a lo lejos
Vibre el himno triunfal de la alegría?
¡Oh! alma, pobre huérfana, tú sabes
Que son breves los cantos de las aves,
Y más breves las risas de la orgía.

Las risas de la orgía, las canciones
De todas las locuras desbordadas,
Donde rima con locas carcajadas
Su poema de fuego la alegría,
Mientras se abren las secretas urnas
Donde duermen las cosas olvidadas
Que se acercan como aves taciturnas;
Mientras desfilan como buítres negros
Espectros del dolor en grandes tropas,
Y resuena con mágicos alegros
El timbre cristalino de las copas.

Las risas de la orgía
Como violines del placer, deslíen
La mentida canción de esos instantes
Que huyen llenos de fúlgidas visiones,
De visiones de fuego, delirantes;
Son los violines del placer que ríen,
Y es su risa el disfraz de una elegía;
Son las campanas del placer que evocan
Recuerdos de dolor o de ventura;
Son las campanas del placer que tocan
Con largas vibraciones,
Un toque de agonía
Al caer esperanzas e ilusiones.

Se alejan los momentos de locura,
Y en el fondo del vaso de la vida
Queda sólo un semento de amargura;
Y después el hastío y el cansancio,
La saciedad, las bochornosas calmas,
Y entonces surge como un ángel blanco
El ensueño en la bruma de las almas.

LOS HERREROS

(De Banville)

Ritmada por la música sonora
De los martillos, la canción triunfante
De los herreros vuela hacia la aurora
Como el sonido del clarín vibrante.

JUAN Y JACOBO

Ya la mugiente fragua nos alumbra
Los rostros por el ábrego tostados,
Y su rojo reflejo en la penumbra
Hace alejar los cuervos extraviados.

Se asemeja a un infierno la herrería
Desde Natividad hasta las Pascuas.

JACOBO

¡Avivemos el fuego noche y día!

JUAN

¡Batamos sin cesar el hierro hecho ascuas!

JACOBO

Hierro que cubre nuestra fragua ahumada
Con el dosel de su campana negra,
Tiembla y gime hasta el fin de la jornada
Bajo el martillo cuyo son alegra!

JUAN

Para cambiar de forma, la tenaza
Te hará salir entre un chispear sonoro
De la rojiza y fulgurante hornaza
En medio de una lluvia de haces de oro!

JACOBO

Después serás la reja áspera y ruda!
Crecerán en los surcos las hermosas
Y doradas espigas que saluda
El coro de las ledas mariposas.

JUAN

Tú serás el corcel raudo, incansable,
De crin de fuego, y llevarás ardiente
En tus flancos, un alma formidable
De carbón ígneo y de vapor rugiente.

JACOBO

Serás la hoz que laboriosa abata
Las doradas espigas por el suelo,
En el rastrojo, mar do la escarlata,
Se mezcla con la flor de azur de cielo.

Juan

Tú serás luz de sombras rodeada,
Y brillarás al sol: serás la hoja
De la flexible y reluciente espada
Que se enrojece con la sangre roja.

JACOBO

¡Ya tu destino vil ha terminado!
Vas a surgir a nueva claridad
Para mezclarte, espada o fuerte arado,
Con la inquieta y febril humanidad!

JUAN

¡Te agitarás por la Justicia altiva!

JACOBO

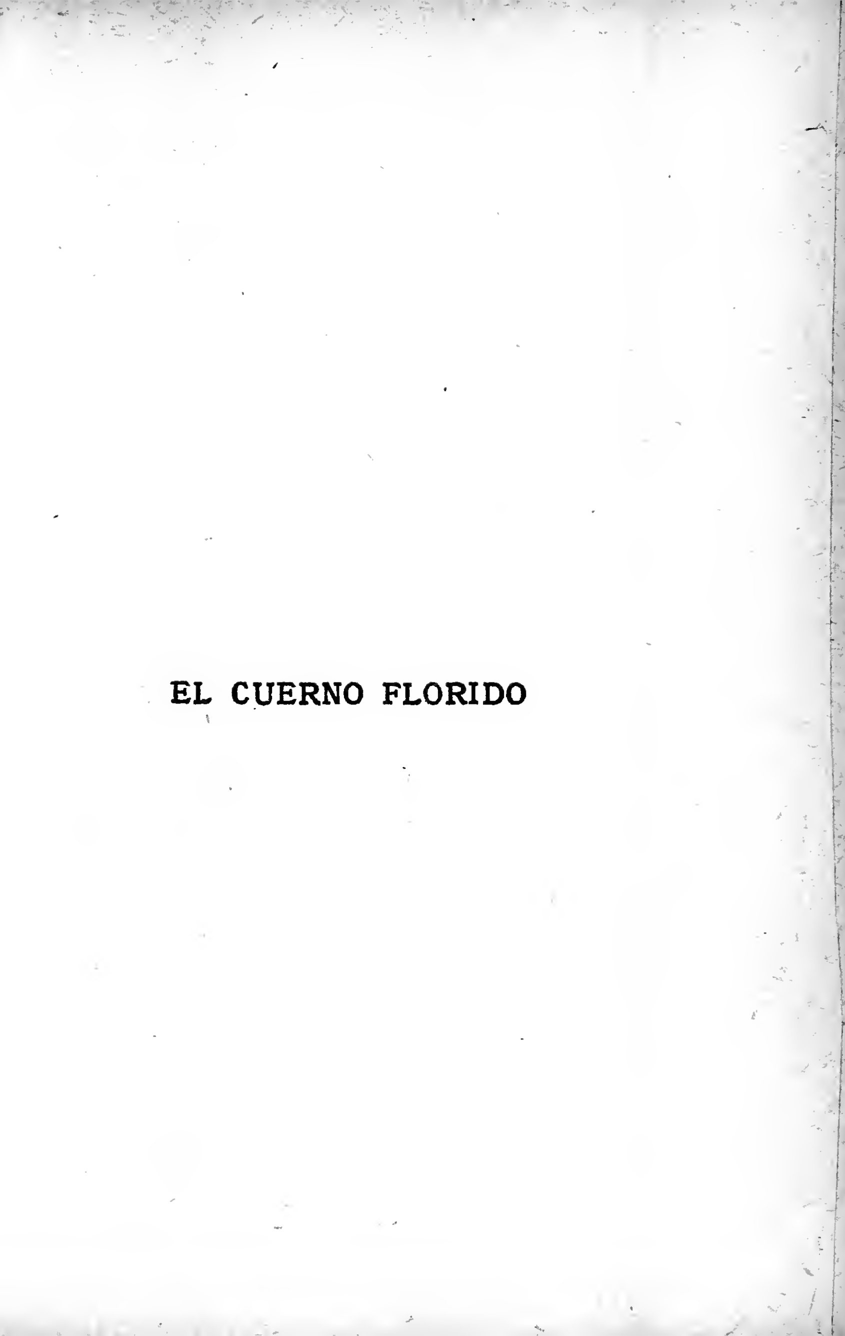
Es tu deber sagrado destrozar
El seno de la tierra nutritiva.

JUAN

Tú vas a combatir.

JACOBO

¡Yo a trabajar!



EL CUERNO FLORIDO

EL CUERNO FLORIDO

Feerie de Ephraim Mikhael

Personajes

Oriana . . . . Silverio
Dorieta . . . . Oberón

La escena representa un claro en la floresta de las hadas. Entre flores y hierbas luminosas murmura una fuente. A la derecha matorrales de rosas. Oriana está sentada cerca de la fuente. Devana en su rueca hilos semejantes a rayos de luna.

ORIANA

Hilos resplandecientes, color de astros del cielo,
¿Seréis el manto augusto de un príncipe, o el velo
De alguna blanca reina de larga cabellera?
No, no, mágicos hilos color de primavera;
Ni el velo de una reina, ni el manto de un monarca:
Como un pabellón de oro sobre una feliz barca,
Quiero que seáis, hilos, la cortina flotante
Abierta sobre el lecho ardiente de una amante.

Silencio. La rueca se detiene. Oriana deja caer el huso, y sueña.

Para mí, de là tórtola hermana, y de las flores,
Es el placer más grande,—pues amo los dolores,—
Adormecer las vírgenes en ensueños de esposa.
¡Oh! ¡nupciales ensueños!...

Vivamente, reprochándose.

¡Y bien! ¿estoy celosa?
¿Estaría celosa de los enamorados?
¿No tengo en mis palacios que duermen encanta-
[dos
El inefable orgullo de las delicias puras?
Abajo, en las floridas y azules espesuras,
En vez de dulces moras yo recojo zafiros,
Y a la tarde volviendo mi rueca en lentos giros
Oigo cantar dolientes mandrágoras. Mis aves
Exhalan en su vuelo fugaz, perfumes suaves,
Perfumes de corolas. Yo sé las cabalísticas
Palabras que en el cielo hacen surgir las místicas
Estrellas, nuevos astros de límpidos destellos.
Soy hada. ¡Todo puedo!

Tristemente

¡Ay! no; pues mis cabellos
Que el soplo perfumado de las brisas agita,
Mi garganta que bajo de mi traje palpita,
¡Y mis brazos desnudos, nadie los vé! Y si acaso
Algún viajero cruza con indeciso paso
Por la arboleda llena de rumores de vuelos,—
Que pasa enamorado de florestas y cielos
Cantando hacia lo lejos,—a su inquieta mirada
Pronto desaparezco con mis encantos de hada.
Así Oberón lo quiere, el rey de las divinas
Florestas. Dormir puedo debajo las encinas
Del camino; el pasante no llega deslumbrado
A despertarme; cruza sin verme, por mi lado.

Para él soy invisible. Me mezclo en los vapores
Que flotan en las sendas y suben de las flores.
Me mezclo con las brumas astrales de la luna,
Y con las claridades temblantes, que en la bruna
Noche, imitan trémulos reflejos de satines,
Y mueren en los campos, los bosques y jardines.

Se mira en la fuente

¿Para quién? ¡ay! ¿soy bella?—Mas tú me ves,
[¡oh! cielo
Donde arden grandes ojos en abismos de duelo;
Me ves tú, selva. El beso que mi ensueño codicia
No vale, no, ese beso, lo que tu gran caricia
¡Oh! tarde perfumada por mil féericas flores.
Es mi poder más dulce que todos los amores.
Yo soy la feliz reina, soy la reina divina
Que jamás el deseo vil, turbará.

DORIETA, *entrando bruscamente*

Madrina,
¡Ay! ¡véngame!

ORIANA

¡Dorieta! ¡Qué enojo arde en tus ojos!

ORIANA

Escucha Oriana. Entre los matorrales rojos,
Un día, ¿lo recuerdas?, me hallaste abandonada,
Así como una pobre abeja desterrada
De las colmenas de oro.

ORIANA, *riendo*

¡Y te robé! — No olvido.

DORIETA

Me tomaste en tus brazos, madrina, y he crecido
En la selva que alumbra con claridad dorada
Un mediodía mágico.

ORIANA

Verdad, mi linda ahijada;
Y a veces abandonas la floresta, y ligera
Te alejas desplegando, — ¡oh! ¡mi dulce guerrera!
Como un noble estandarte tus fúlgidos cabellos,
Al viento de la tarde que se perfuma en ellos.
Y sé que sin más armas que el arma irresistible
De tu encanto, allá abajo tú triunfas invencible,
Y que en tardes de orgullo por regia escolta tomas,
¡Oh! ¡reina de los bosques! — tristes reyes que
[domas

DORIETA

¡Oh! sí. ¡Soy fuerte! A veces en los grandes es-
[cudos,
Mis leves pies menudos se han posado desnudos
Como pájaros blancos con grácil ligereza,
Se posan en las torres de altiva fortaleza.
¡Oh! sí. Por todas partes, en bosques y vergeles,
Me esperan como esclavos nuevos amantes fieles.
¡Y bien! en la espesura del bosque rumoroso,
No sé qué cantor joven, soberbio y desdeñoso,
Me insultó esta mañana, a mí, la victoriosa!
Me vengarás, ¿no es cierto?

ORIANA

¡Oh! mi furiosa hermosa,
Ese insulto, primero, dime cuál fué.

DORIETA

Vagaba
Por el secreto bosque que de alas se poblaba,
Oyendo bajo el fresco follaje, vagamente,
Los murmullos amigos de una sagrada fuente.
De pronto, — (es cierto, mía la culpa fué) desciño
El cinturón dorado que oprime con cariño,
Como un anillo de oro, mi flexible cintura,
Y las ligeras ropas arrojo a la espesura;
Y con temblor salvaje, me sumerjo, sonriente,
En el esplendor mágico de la sagrada fuente.

ORIANA, *con viveza*

Y el doncel que pasaba cantando sus amores,
Corrió, de tus cabellos contempla los fulgores,
Se embriaga de tu carne, y entre sus brazos toma,
Como un egipán rudo que una faunesa doma,
Tu cuerpo deslumbrante de juvenil belleza?

DORIETA, *algo confusa*

¿Cómo un egipán rudo que vence una faunesa?...
No ha sido eso, madrina.

ORIANA

¿Me hablabas de un insulto?

DORIETA

En tanto, ¡ay! que velaba mi rostro, mal oculto
Tras los abiertos dedos, ese doncel salvaje
Sin esconderse bajo la arcada del follaje
De los lánguidos sauces que tiemblan en la orilla,
Y sin mirar la fuente que entre las flores brilla,
Sin ver mi blanco cuerpo de mármol luminoso,
Pasa mirando al cielo cantando y desdeñoso.

ORIANA

El va a morir. Muy grave es, en verdad, la
[ofensa.

DORIETA

Matarlo? — No, no quiero, aunque es la in-
[juria inmensa,
A ese joven extraño que en mí ha quedado im-
[preso,
Odio, pero se puede, sin degollar por eso,
Odiar; y yo no sueño por vengadores fines
El verlo devorado por lobos y mastines.

ORIANA

¿Quieres que te ame?

DORIETA

Es tarde. Pero en verdad, madrina,
Yo no sé qué querer. Un tormento imagina.
Que sufra sin descanso. Tortura el pensamiento
Buscando en sus recónditos rincones, un tormento.

Busca

¿Encadenarlo al borde de un abismo espantoso?
¿Cambiarlo en piedra, en árbol?... que sufra sin
[reposo.
La roca nada siente, y el árbol tiene flores.
Busquemos. Es muy pobre la tierra, de dolores.
¡Ah! que junto a la fuente donde he sido ofendida,
Sienta amar a imposible y extraña prometida,
Y yo oiga cómo suben a los cielos lejanos
Los gritos y sollozos de sus amores vanos.

ORIANA

Mas ¿cómo castigarlo, de quién valerse, dime?
Bruscamente, consigo misma.
¡Ya hallé en mis reflexiones una idea sublime!

A Dorieta

Seguro es el castigo, pues contra el desdeñoso
Tú serás ayudada por alguien poderoso.

DORIETA

¡Ah! ya he adivinado, porque a entender se al-
[canza,
Que tú en persona tomas, Oriana, la venganza.

ORIANA

¿Por qué ese extraño asombro que brilla en tu
[mirada?
¿Dudas, Dorieta, acaso, de mis poderes de hada?
Yo sólo te obedezco, y el castigo reclamo.

DORIETA

Reflexiona... ese niño te gritará: "¡te amo!"
E inclinado en tus labios, cual pétalos de rosas,
Te dirá en voz muy baja palabras victoriosas.
¿No sentirás, tú, enojó rendido a su ternura?

ORIANA

Oriana enternécerse no puede

DORIETA

¿Estás segura?

ORIANA

Mi corazón augusto, mi pecho soberano,
No teme las heridas del mortal amor vano.

DORIETA, *resignada*

Pues sea. Mi venganza la dejo a tu albedrío.

Oriana se adelanta hacia los árboles y hace signos mágicos con su huso.

ORIANA

Oberón, yo te llamo. ¡Vén Oberón, rey mío!

Oberón aparece

OBERÓN

¿Qué quieres, bella Oriana? — Vas a pedirme [ahora
Un traje humedecido con llanto de la Aurora?
¿O acaso quieres, hada, beber claro de luna,
O algún sutil y mágico velo tejido de una
Azul bruma de Abril? — ¿Precisas nuevas galas,
Las galas luminosas de las celestes salas?
¿Para tu frente, quieres, y tus orejas bellas
Que de las tibias noches de estío robe estrellas?

ORIANA

No. Ni joyas del cielo, ni trajes. Yo deseo
No estar sola en el bosque donde sola me veo.
Yo quiero, rey, que un poven de labios como rosas,
Me sonría y me hable palabras voluptuosas.

¡Oh! rompe el juramento que me prohibe, cruel,
Aparecer. Yo quiero que, allá abajo, un doncel,
De la profunda noche del mundo, vea en el fondo
Resplandecer mi cuello como un destello blondo.
Quiero librar al viento terrestre mis cabellos,
Como un manojo de oro, como un haz de destellos.

OBERÓN

Oh! ser mujer anhelas! Ser mujer! ¿Qué malignos
Espíritus te inspiran? Oriana, son indignos
De un hada esos deseos. Pues cómo! tú eres hada,
Y pasas en la tarde, luminosa y peinada
De rayos; tú recoges las flores celestiales,
Y cual niño que roba la miel de los panales,
Como una abeja el néctar del cáliz de una rosa,
Libas la nube llena de claridad sabrosa!
Y ahora sólo quieres ser una enamorada,
Una de esas doncellas que en la tarde callada
Por entre los caminos llenos de sombra, errantes
Cruzan furtivamente con sus vagos amantes.
Tú vas a enamorarte como Titania, oh! sino!
De un rústico de enorme cabeza de pollino!

ORIANA

Ningún filtro, rey mío, turbó mi pensamiento.
Descender a una amante! ¿Nada es mi nacimiento?
Yo soy de noble estirpe, mi alcurnia es elevada:
Nací en la primavera, de una perla encantada.
No has escuchado todo, Sir, falta todavía:
Aparecer deseo tan sólo un breve día
Para que un joven tierno me llame delirante,
Y llore al verme!

Suplicando

Un día! ¿qué importa? un solo instante!
Después verá alejarme como una estrella muerta

Que se hunde en las tristezas de la ancha mar
[desierta.
Y guardará su pecho, como amargo perfume,
De mi boca, el recuerdo que sin cesar lo abrume.

OBERÓN

De tu boca que se abre como una rosa cálida.
Pues vé! Mas este mágico cuerno de plata pálida
Y de marfil, consérvalo. Si el niño aprisionado
Por tu esplendor de reina, tu corazón sagrado
Llena de ardor impuro, si tu frente colora
El rubor misterioso de una carnal aurora,
Me llamas, si no quieres ser, oh, tú la más tierna
Del reino de las hadas, la desterrada eterna;
La eterna desterrada que con sollozos vanos
Los palacios divinos los llorará lejanos,
Lejos de mis florestas, lejos por siempre, Oriana!
Mas si alejarte quieres de la vergüenza humana,
Del pecado terrestre, — no importa donde te halles,
En los bosques dormidos, en solitarios valles,
En floridos vergeles, en escarpadas rocas,
O en bulliciosos campos, — este olifante tocas,
Diriges a los astros su vibrante sonido,
Y al morir el acento que lance el cuerno herido,
Yo llegaré a llevarte, como en alas del sueño,
Hacia el país del feérico placer y del ensueño.

Oberón desaparece

ORIANA

De un modo delicioso, Dorieta, miedo y goce
Siento. Mujer!... Percibo bajo mis pies el roce
Ligero de la yerba, yo que en la nube, etérea
Volaba entre las ondas de claridad sidérea.
Y me parece ahora que estuviese desnuda,
Y el viento de la tarde con su caricia ruda

Más cerca de mi frente creo sentir... Oh! nuevos
Perfumes de florestas cubiertas de renuevos!
Poco hace, en mis divinas carreras, aspiraba
No sé qué olores mágicos. El agua se cambiaba
Bajo el ligero roce de mis labios ardientes
En un licor celeste. Oh! el agua de las fuentes!
Oh! espejo de las flores! Mi corazón, violento,
Se agita cuando roza mis espaldas el viento.
Abajo, entre los sauces temblantes, yo quisiera
Correr, dejando al aire flotar mi cabellera.
Mas ya es tiempo: busquemos, Dorieta, el insolente
Para vengar la ofensa de la sagrada fuente.

DORIETA

Ah! menos celo, menos, había preferido.

Oriana hace un gesto de sorpresa

Que lo amo, a creer no vayas. Amar a ese atrevido
Vago de las florestas, de rostro macilento,
Y soñador, y loco. Conversa con el viento,
Extrañas rimas canta con un acento blando,
Y cruza entre las flores temblantes, aspirando
Las voluptuosidades de la brisa estival.
Después, tampoco puedes tú ser una rival:
Verdad, si te ultrajase con sus deseos humanos,
Si su labio insultase la nieve de tus manos,
El olifante tocas, y, — visión que se esfuma, —
Te perderás del cielo natal entre la bruma.

ORIANA, *impaciente*

Sin duda; pero vamos hacia ese niño. Mucho
Deseo castigarlo.

Una flauta canta a lo lejos
Después una voz se levanta.

DORIETA

Sus canciones escucho.

Se acerca.

ORIANA

Sí, allá abajo, flotantes e indecisas,
Las notas de una flauta, que vuelan en las brisas,
Despiertan a las flores dormidas. Presurosas
Corramos a ocultarnos, Dorieta, entre estas rosas.

Oriana conduce a Dorieta al matorral.
Se ocultan.

SILVERIO, *a lo lejos*

Las doncellas danzan en las verdes viñas.
Sobre el lago triste, ¿no oís el doliente
Adiós de los cisnes, de los blancos cisnes
Que mueren cantando melodiosamente?

Parejas alegres de vendimiadores
Se agitan en torno del lagar fecundo.
De los blancos cisnes que en la tarde mueren,
¿No escucháis el triste canto moribundo?

Aparece en el linde del bosque.

Los cisnes! cuánto envidio esos blancos cantores!
En los amados ríos, cantando mis amores
Como ellos yo quisiera morir, enajenado
Por éxtasis celeste. Oh! música! Del prado,
Del bosque, de los frescos vergeles, dulce y vaga,
Una canción divina se eleva, que me embriaga.
Que se puede vivir, me dijeron un día,
Sin escuchar la trémula y salvaje harmonía
De los triunfales árboles. Es falso! Se precisa

Mezclar la voz al ruido del agua y de la brisa,
Mezclarla con la música de la gigante orquesta
Que un himno alegre o triste preludia en la flo-
[resta.
Yo sé que no se vive sin mezclar nuestro acento
Con la voz poderosa del vagabundo viento
Que puebla el vasto bosque con su gemido grave.
Las aves! oh, Dios mío! quisiera ser un ave!

Oye cantar a un ruiseñor.

Oh! ruiseñor! Se aleja ¿Por qué, malo, te espan-
[tas?

Se vuelve hacia los árboles con las manos unidas como para rogar al ruiseñor.

Saber sólo quisiera la canción que tú cantas!

Se apoya en un árbol y queda como en éxtasis. Oriana sale a medias del matorral, y hace señas a Dorieta de permanecer oculta.

ORIANA

Ya es tiempo de que pague su insulto ese villano.
Oh! noche tibia y lánguida! Oh éxtasis! Lejano
Perfume de las mieses que en suave efluvio vaga!

Va hacia Silverio.

Duerme! lo habrá tocado, tal vez, alguna maga;
O acaso alguna egipcia, derramando beleños,
Vertió sobre sus ojos las urnas de los sueños.
¿Qué hace de pie?

A Silverio.

Pareces un pájaro dormido
Sobre una rama débil. No me oyes! ¿No has oido
Mi acento?

SILVERIO, *sin volverse*

No, no duermo, y escucha quien vigila.
Aléjate! La tarde tan dulce era, y tranquila!

ORIANA

Esquivo! No, yo quiero sentarme aquí, a tu lado,
Para turbarte el alma!

Ríe con estrépito. Silverio se vuelve lleno de asombro.

SILVERIO

¿Qué pájaro ha cantado?
Oh! Dios!—¿Tal vez deliro?—¿Qué pájaro divino
Ha cantado ese canto?

ORIANA

Es mi risa.

SILVERIO

Argentino
Son que pobló el espacio de trémula harmonía!...
Oh! ríe, ríe, ríe! Que vibren todavía
De tu sonora risa las notas celestiales!

ORIANA

Estar solo en la sombra feliz de los zarzales
Deseas. A los bosques hazlos reir. Me alejo.
Yo parto. Con las risas de las selvas te dejo.

SILVERIO, *suplicando*

Oh! por piedad, no partas! Los dos juntos en [esta
Floresta velaremos. Los dos en la floresta
Llena de extrañas flores, y de encantadas rosas.
Oh! queda! Saber debes canciones misteriosas.
Verdad, he sido malo. Qué claros son tus ojos!

Coge una flor. Oriana está sentada sobre una especie de banco cubierto de musgo. Juega con el cuerno que tiene en la mano.

Toma esta flor. Y esta otra! Son flores sin abrojos.
Y esta otra, *primavera,* que se abre en el misterio [de la floresta.

ORIANA, *tomando las flores*

¿Cómo te llamas, dí?

SILVERIO

Silverio!

ORIANA

Ah! y qué haces?

SILVERIO

Canto entre los rústicos pastores
Que aman los dulces cantos. También toma estas [flores.
Estos ligeros lirios y este capullo tierno
Como en una blanca urna los pones en el cuerno.
Conozco todo el bosque. Sé en qué lugar se esconde

La pervenca, ¿y qué árbol va a florecer, y dónde
Los oxiacantos crecen. ¿Deseas oxiacantos?
La primavera toda con todos sus encantos
Yo quisiera ofrecerte! Y sin embargo, miedo
Siento con tu presencia, que desechar no puedo.
Eres muy bella!

ORIANA, *con coquetería*

¿Es cierto?

SILVERIO

Sí; he visto en fiestas reales,
Entre reyes vestidos de plata, y de imperiales
Satines, una reina dichosa, de sonrisa
Infantil, y tu mano, que tenue luz irisa,
Es más real que la de ella.

ORIANA

¿Verdad?

SILVERIO

Y se estremece
La selva con la música de tu voz, que parece
Ordenar a los bosques que tiemblan a tu acento!
Más cerca, entre los lirios, más cerca vén! Me siento
Languidecer.

Durante toda la escena él no ha cesado de recoger flores que le dá a Oriana. Oriana, que juega con el cuerno, coloca en él las flores como en una urna. En el momento en que Silverio la atrae hacia sí, ella deja indolentemente el cuerno sobre el banco de musgo.

Más cerca... más cerca... así! a mi lado...
Yo sueño que la noche sobre mí se ha inclinado
Como una bella hermana con fraternal ternura.

DORIETA, *saliendo del matorral.*

Aléjate! ya te ama.

ORIANA, *a Dorieta*

En seguida.

Consigo misma.

Oh! dulzura
De las palabras tiernas que nos hablan de amores!

SILVERIO

Yo respiro el perfume de las ausentes flores
En el aroma cálido de tu embriagante aliento.
Dame tus labios!

ORIANA, *defendiéndose mal*

No! no!

DORIETA, *saliendo del matorral*

¿Aún no llegó el momento?

ORIANA, *como en éxtasis*

¿El momento?

DORIETA

Sí, pronto! Madrina, el cuerno toca!

SILVERIO

Tu cabellera blonda, que la brisa desflora
Con sus sutiles besos, ilumina y perfuma
La azul tarde velada por una clara bruma.

DORIETA

Ah! pronto!

ORIANA

Un solo instante! ¿Tienes temor?

Riendo consigo misma.

Yo río!
Mas cual ave asustada tembló el corazón mío!

SILVERIO, *se levanta, va hacie ella y la abraza.*

Te amo!

DORIETA

Toca!

ORIANA

Sea! Mi obra ha terminado.

Con una ironía afectada ella se desprende.

Doncel, muy buenas noches! Por ironía he dejado
Vagar por mis cabellos tu joven labio amante.
Me inspiras sólo risa. Yo parto... Es ya bastante.

Va hacia el banco y vuelve a tomar el cuerno.

SILVERIO

Te alejas! Oh! Dios mío! No partas! Me estre-
[mece
Tu ausencia. No te alejes! ¿Qué te he hecho? Me
[parece,
Puesto que me abandonas, que la luna de estío
Del cielo se retira, que todo está sombrío;
Que quedan las florestas solas y desoladas,
Y que vas a llevarte, como flores hurtadas,
En tu traje y tus manos, los astros luminosos.
Cuánto sufre mi alma!

Con la cabeza entre las manos, llora. Oriana coloca de nuevo el cuerno sobre el banco.

ORIANA, *soñando*

Oh! sueños deliciosos,
Aun sobre mí cernéos!

SILVERIO

Mis tardes placenteras,
Mis florestas, mis verdes jardines de palmeras,
La amistad de mis pájaros, compañeros fraternos,
Todo me arrebataste! No cantaré ya! Eternos
Sollozos, en mi pecho sofocarán mis cantos;
Y cuando cruce bajo las ramas sin encantos,
Por siempre sin encantos, por siempre sin delicias,
Serán para mí extrañas, del bosque las caricias.
Mi corazón ahogado por un largo lamento,
No escuchará ya nunca ni una voz, ni un acento.
Oriana la mira fingiendo ironía.
Me matará el desprecio de tu ardiente mirada!

ORIANA

Y bien, nó! Yo he mentido. Lo sabes brisa amada,
Y tú, claro sendero, donde aun brillan mis rastros,
Y tú, límpida fuente, espejo de los astros,
Que en tu linfa copiabas mi extraterrestre gloria,
No puedo ya alejarme!

SILVERIO

¿Qué dices?

ORIANA

La victoria
Es tuya. Que me tomes.

SILVERIO

Oh! ven! En mis amantes
Brazos, con el tesoro de tu cuerpo, triunfantes,
Te llevaré entre flores al través del divino
Esplendor de la cómplice floresta. El argentino
Semblante de la luna, del cielo nos bendice;
Y para que el sagrado connubio se realice
De nuestros dos ensueños, las estrellas nupciales
Cierran en el misterio sus ojos virginales.
Están de nuevas hojas, los árboles poblados,
Que aumenta para el triunfo de los enamorados
En todo el bosque, feérica primavera el follaje.
Todo calla. No se oye ni un rumor del ramaje;
Ni un grito de avecilla despertada; ni un leve
Temblor del viento, el césped que alfombra el bos-
[que, mueve.
Oh! ven! y me parece, para los dos abierta,
Ver en el horizonte una divina puerta.
Oh! ven! y mientras vibren nuestros primeros
[besos,

La música sublime de los labios impresos,
Con los ardientes labios, sentiremos triunfales,
Cómo sobre nosotros se inclinan los rosales.

ORIANA

Una embriaguez divina perturba mi alma ar-
[diente,
Huyamos!

DORIETA, *saliendo del matorral*

Toca el cuerno!... Y se aleja... Imprudente!
Muy bien me vengas! Gracias, Oriana. En verdad
[digo,
Que yo no había soñado con un igual castigo.
Oriana!... En la espesura de amor se desfallece.

Mira hacia el matorral.

Dios mío! En torno de ella la hoja se estremece...
La cabellera suelta parece un río de oro!
Oh! no! quiero salvarla, y tocaré el sonoro
Cuerno yo misma!

Toma el cuerno y lo lleva a los labios.
No da ningún sonido.

Mudo! Prodigio! El olifante
Callado permanece! No brota su vibrante
Sonido. Oh, Dios!, milagro! Ah! no. Son estas
[flores.
Lejos de aquí, malditas!

Arranca violentamente las flores.

Por fin! ya mis clamores
Evocarán vibrantes al Salvador deseado.

De nuevo lleva el cuerno a los labios.
Pero antes de tocar mira todavía el matorral.

Mas ya no es tiempo! Inútil es, cuerno, tu llamado.

Oriana y Silverio reaparecen entre los árboles.

ORIANA, *a Silverio*

De las florestas mágicas, el rey ya no es mi
[dueño
Soy mujer, y alejándome del nostálgico ensueño,
Olvidaré en tus brazos por alegres caminos,
Las glorias extrahumanas, los silencios divinos.
Cuando los besos unen los labios amorosos,
Y brotan de los labios los besos voluptuosos,
Del gran amor terrestre las sublimes caricias,
Son más dulces que todas las feéricas delicias.

MENSAJES LÍRICOS

"EN ALAS DEL CANTO" (1)

Amalia: al piano su canción arrancas
Con la caricia de tus manos blancas,
Y en las alas del canto el canto brota,
Y en las alas del canto el alma vuela;
Un anhelo infinito se revela
En cada vibración de cada nota;
Y del espacio a la región ignota
En donde el astro pensativo riela,
En las alas del canto el alma vuela
Cuando en alas del canto, el canto brota.

---

(1) Inspirado en la melodía de Mendelssohn del mismo título.

EL MAR

También mi alma es un mar: Sus soledades
Conocen las terribles tempestades;
Y en medio de sus trágicas grandezas
En que su voz es trueno y es gemido,
Cruza el pálido Alcyon de mis tristezas,
Mientras mis barcos de ilusiones pierdo,
Y contra los peñascos del olvido,
Se estrella el oleaje del recuerdo.

1903.

EL BESO

Del beso de dos nubes brota el rayo
Que en llamaradas en los cielos arde;
Del beso de la luz y de las sombras
El crepúsculo triste de la tarde.

Nacen las flores, sus corolas yerguen
Al dulce beso de la luz del día,
Y el amor ha nacido, niña hermosa,
A los besos de tu alma y de la mía.

A ELENA

Poéticas vistas del lago Leman;
Un barco a velas que se desliza,
Botes con hombres que alegres reman
Cantando viejos cantos de Suiza.

Noche: En los puentes mil lamparillas,
Como guirnaldas sobre los arcos;
Risas y músicas en las orillas,
Y sobre el agua rumor de barcos.

Cisnes que cruzan el lago en calma
De zafir líquido, lerdos muy lerdos,
Mientras el quieto lago del alma
Cruzan los cisnes de los recuerdos.

Ginebra, Sep. 1908

MARINA

Azul como un espejo que copia el firmamento,
Te veo, Oh! mar tranquilo bajo un cielo sin bru-
[mas;
No corre tus espaldas el látigo del viento,
Ni agita tu oleaje su melena de espumas.

Oh! dulce mar sereno! No envidio tu bonanza
Tal vez vá esa barquilla llevando una esperanza;
Tal vez parte una vida para un eterno exilio,
Tal vez parten dos seres en amoroso idilio.

Y como tú, mi alma se extiende así, serena,
Sin que rice sus ondas el viento de la pena,
Y llevando el recuerdo de los días risueños
Pasa muy lento el blanco bajel de mis ensueños.

Y como a tí, a mi alma le digo: "Mar sin bru-
[mas,
" Duerme así bajo el cielo: con trágicos enojos
" No agite tu oleaje su melena de espumas,
" No conviertas la barca de un amor en despojos."

DULCE VILLY...

Dulce Villy, me pides un pensamiento. ¿Acaso,
No sabes que esas almas que ha torturado el paso
Siniestro del hastío, engendran pensamientos
Que abren en el misterio sus taciturnos broches,
Que son como el conjunto de sombras de mil
[noches?

¿Y un pensamiento quieres aún? ¿Puedo ofre-
[certe,
A tí, oh Primavera!, mi Otoño sin encantos,
Flores que no sean símbolos del dolor o la muerte,
Adelfas y nepsuthas y tristes amarantos?

LA TARDE

(Postal)

En los verdes pajonales,
Cansado se aduerme el viento,
La fresca brisa un momento
Se reclina en los trigales,
Que en las llanuras iguales
Le ofrecen blando cojín;
Lejos, se esfuma el confin,
Ya de sombras inundado
Y el cielo está constelalo
De rosas, como un jardín.

LA TAPERA

Ay! cuánta dulce quimera
Cobijaría ese rancho;
En cuya ruina un carancho
Lanza su voz agorera;
Mi alma es así: una tapera
Donde todo está destruído;
Ya el amor no hace su nido,
Y con restos de ilusiones
Fabrican sus poblaciones
Los caranchos del olvido.

LA NOCHE

Las brumas de la noche se estremecen.
¿Quién es? Es la Esperanza? Es la Poesía?
A su lado los astros palidecen
Y parece que el cielo se extasía.
Y veo así, de mi alma entre las sombras
Sombra llena de estrofas y querellas
Con las constelaciones por alfombra
Mi ideal custodiado por estrellas.

POSTALES

Niña de los negros rizos,
De los mágicos hechizos,
Que estás cortando una flor
¿No crees tú, niña querida,
que es el árbol de la vida
Con las flores del amor?

Pero, ¿por qué las arrancas?
— Son tan bellas y tan blancas! —
Me dirás; tienes razón. —
Pero, en seguida, marchitas,
Irán lejos sus hojitas
Y con ellas tu ilusión.

FLOR DE CARDO

Conozco tus labios, rojos
Y hermosamente pequeños;
Azules son tus ensueños
Y azules tienes los ojos;
Mas cuando arden con enojos
Igual a infernāles broches,
Y brillan, como en la noche
Las pupilas de un leopardo,
Parecen flores de cardo
Con espinas, tus reproches.

GALANTERIA

Te han dicho que eres bella, pues no lo creas:
A mi gusto bella eres entre las feas.
No te ofendas por esto. — ¿Te has enojado? —
Es que todas muy feas son a tu lado.

EL BESO DE LAS HADAS

(*En un álbum*)

En la suave tibieza de tu cuna,
Envuelta entre la espuma de las blondas,
Dormías, como un rayo de la luna
Duerme en el blanco lirio de las frondas.

Con las alas abiertas, dulcemente
Un angel a tu lado sonreía;
Se acercaron dos hadas, y en la frente
Te besaron la Gracia y la Harmonía.

ÍNDICE

Indise

LA CULTURA ARGENTINA

CARLOS ORTIZ

Rosas del Crepúsculo

Con un prólogo de

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA



ADMINISTRACIÓN GENERAL

CASA VACCARO — Av. de Mayo 638, Buenos Aires

1919